Número suelto ($5) CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20




LA FLOR DE LA VIDA SOCIAL
es la aristocrática dama que por su belleza, su elegancia y su discreto ingenio constituye el mejor adorno de los salones distinguidos. Desgraciadamente, las exigencias sociales afectan el delicado sistema nervioso de la mujer y alteran su salud, sobre todo durante la época en que sufre los efectos del proceso fisiológico que le es peculiar. Dolores de cabeza, cólicos, depresión mental, fatiga y malestar son los tormentos a que se ve sometida la mujer en tales ocasiones. La vida, entonces, se convierte para ella en un martirio. Sus gracias se marchitan, su ingenio se embota y su capacidad de agradar disminuye.
Todo eso, por fortuna, puede evitarse con las
TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA
(en tubos de etiqueta roja), las cuales no solo alivian los dolores del proceso periódico sino que combaten la nerviosidad y el cansancio que suelen venir después de las gratas horas pasadas en los salones, a la vez que aumentan el vigor físico y estimulan las facultades mentales. La acción de estas Tabletas es tan rápida que diez minutos después de tomarlas se experimentan sus benéficos efectos. Belleza e ingenio son el secreto de los mejores triunfos femeninos; pero belleza e ingenio requieren una base indispensable: buena salud. Por eso la mujer cuidadosa de sí misma y del puesto que ocupa en la sociedad usa siempre las Tabletas Bayer de Aspirina y Cafeína para evitarse así las dolencias que perjudican sus encantos y los trastornos que afectan su capacidad intelectual.
BAYER
BAYER

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 262. Guatemala, 27 de diciembre de 1919. Año VII



NOTAS DE ACTUALIDAD



AÑO NUEVO

La tierra, en su continuo rodar al rededor del sol, ha cumplido nuevamente sus trescientos sesenta y cinco días de jornada milenaria. ¿Cuántos lleva de marcha? ¿Cuántos le faltan? ¡Eterno misterio que no le ha sido dado al hombre descifrar!

En el lenguaje convencional de los terráqueos habitantes de este planeta, llevamos un año más, que será el diez mil, talvez el cincuenta mil de los que los hombres recorremos desde que aparecimos embrionarios y primitivos sobre su superficie. Y la tierra, no está vieja aún, aun es joven,—dicen los sabios,—cuando estudian las grandes fuerzas de que disponemos y cuando admiran la contínua e incesante formación de séres y su indefinida transformación, en esa vigilia del espacio, que no se dá descanso un sólo momento. Así irá por la sucesión de los siglos, hasta que desgastados sus elementos componentes, llegue la vejez y poco a poco se acabe la vida en una emocionante agonía de siglos.

Hablando de las formaciones celestes el gran adivino Laplace, y refiriéndose a la probable rotura del planeta situado entre Marte y Júpiter, fraccionado en mil pedazos en las lejanías de las evoluciones celestes, que hoy forma esa nebulosa planetaria de los asteroides, indica, que eso pudo suceder en esa época, pero que sujetos ya los sistemas solares a leyes inmutables, nada se alterará en el vagar contínuo de los cuerpos siderales, y que cada planeta morirá posiblemenmente, por el agotamiento de sus fuerzas. Entre la opinión de Laplace, que está demostrado que era un sabio de veras, y la de Porta, que tan poca vida nos concedía, nos quedamos con la primera, siquiera sea por la prórroga que nos otorga.

En el recuento convencional de la historia, llevamos mil novecientos veinte años de existencia cristiana, desde que el humilde profeta de Nazaret lleno de aquella sublime bondad que sólo El ha tenido, nació en miserable pesebre, no acompañado de magnates ni rodeado de lujo y boato, sino de dos pobres bestias, el buey y la mula. ¡Y no obstante esa humildad, era El el ser más grande, más generoso, más humano y más vidente que ha puesto su planta sobre la tierra! Fue el primero, el único y verdadero liberal, el sólo demócrata, el más revolucionario en el sentido sociológico, y el más vidente, porque sus parábolas, aplicables a todas las edades serán eternamente un decálogo de la moralidad y del bien.

Es costumbre al final de cada año, hacer un recuento de los bienes y los males que durante ese año se han sucedido. La humanidad tiene que reprocharle a éste, su inmisericordosa entrada. La gripe española, como un ciclón, barrió la faz de la tierra llevándose algo muy íntimo y muy querido para los hombres: la juventud. Verdad que ese incalculable daño, no procedía de él, sino que era herencia del anterior, quien a su vez lo recibió de los cuatro años de la guerra más espantosa que en su insensatez se han promovido los hombres.

Pero si se inició con la grippe, cuenta como un timbre de honor que le hará figurar notablemente en la historia, con la paz de Versalles, firmada el 28 de Junio y que terminó esa lucha.

Se ha dicho y se ha repetido por todos los escritores, que esta paz es la más notable de la historia, no sólo porque sienta nuevas bases para el Derecho Internacional moderno, sino porque es la intentona más formal y más humana de acercamiento y concordia entre los hombres. Esa repetición no puede llegar nunca a ser un lugar co-

mún. Es necesario que la idea de que la paz es notable por eso precisamente, penetre en el cerebro de las masas, que allí germine con todas sus necesarias amplitudes y desarrolle sus probables consecuencias que la harán beneficiosa en el porvenir, pues la Sociedad de las Naciones, no es, no puede ser como antes, el convenio artificial de los gobiernos, sino el resultado del libre pacto de los pueblos. Y sólo entonces será posible establecer la anhelada paz permanente.

El año de 1920 encuentra más despejado el campo de la política, los horizontes están más límpidos y serenos, y la calma toda de la naturaleza después de los grandes cataclismos, se empieza a sentir entre los hombre. Europa va restañando heridas profundas, no con la prontitud deseable ni sin lamentables rozamientos propios de humanos, pero al fin y al cabo, se aquieta y comienza a pensar en la vida del hogar y en la vida ciudadana. América, no ha podido solucionar sus problemas. En el sur, un nubarrón amenazante desde hace años por causas y procedimientos parecidos a los del viejo continente, amenaza interrumpir la paz; pero es de desearse que el pavoroso panorama de lo que allá sucedió, aquiete espíritus e ilumine cerebros, para llegar a un acomodo que por malo que sea, siempre será mejor que una lucha cruel con todas sus posibles consecuencias.

De todos modos, el año que se inicia, es de más calma y de muchas esperanzas.

La Providencia oiga el voto ferviente de los hombres buenos y podamos al amparo de la paz, continuar nuestra penosa marcha los humanos.

Ese es el deseo general de la humanidad. Nuestro anhelo más caro de guatemaltecos, es que la amada Patria, no sienta un dolor ni sufra una sóla desazón en los doce meses que transcurrirán hasta el 1921 de nuestro centenario político, que, —¡Dios lo hiciera!— talvez nos una más íntimamente a nuesros hermanos.

¡Qué el nuevo año encuentre llenos de felicidades y ventura los hogares de nuestros lectores!

La Redacción.

La Casa de Pepe Batres

Siguiendo la corriente general que arrastra a los hombres y a los sucesos, la casa en que vivió el gran poeta de nuestras crónicas nacionales, ha sufrido las reformas a que obliga el tiempo y que impusieron por necesidad los terremotos pasados. Había quedado dañada por la piqueta destructora de los elementos desencadenados, y el hombre la reconstruye. Volverá a ser una casa, en el sentido usual de las palabras: en ella habitarán de nuevo sus dueños actuales, y para las generaciones venideras nada dirá esa mansión que en otra época contuvo al hombre más genial y en cuya mansión se pensaron y se escribieron esas estrofas inimitables que por traducir al lenguaje común ideas y costumbres, han encarnado el sentimiento más hondo de la nación.

La casa se ha reconstruído en el mismo solar, es cierto, pero ya no es la misma en que respiró, pensó y sufrió el gran poeta. Sus salas ya no contienen en su ambiente ideal, el alma de aquel predilecto de las musas.

Si esto por desgracia es cierto, más lo será si la generación presente, en una dejadez incomprensible, permite que la nueva no contenga ni siquiera esa lápida conmemorativa que los admiradores y devotos del vardo, hicieron poner en 1909, cuando se cumplió el primer centenario de su nacimiento. La lápida, era el reconocimiento nacional, era el símbolo de la gratitud de todo un pueblo, que al transcurrir de los años no podía por desgracia hacer otra cosa, que sellar indeleblemente la mansión familiar y elevar una modesta estatua a quien tántas merecía, para perpetuar la memoria excelsa de uno de sus hijos más preclaros.

Pero la lápida ha desaparecido y la estatua también. ¿Ya no hay un corazón que lata emocionado con los versos inmortales del poeta y que proteste con indignación literaria de este atentado?

Los pueblos valen por sus hombres. Desgraciado de aquel que menospreciándolos, se olvide de ellos, porque en justo castigo, la suerte no le deparará más. Los hombres—cumbres aparecen de tarde en tarde: ¿es que la medianía, cansada de permanecer en el llano, crca del pantano, quiere vengarse? Sería una triste venganza.

Para el que traduce el alma nacional y vive eternamente en los cerebros y en los corazones, debe levantarse el monumento. El es testimonio por lo menos de justicia, ya que no de otra cosa.

Italia ha levantado estátuas al Dante; Francia a Moliére y Víctor Hugo; hasta en las nebulosas plazas de Inglaterra, pueden verse las efigies de Byron el gran autor del Don Juan y el Childe Haroll, porque el inglés si es práctico, frío y metódico, sabe como el que más honrrar la memoria de sus prohombres, y de aquí su grandeza.

Todas las capitales de América, llenas están de sus héroes y sus poetas. Las teníamos nosotros también, y el desastre nos las arrebató: ¿no es de estricta justicia reponerlas? Pensamos que sí, porque nosotros nos preciamos de civilizados y cultos, y esa más que ninguna otra, es una de-

mostración de alta cultura, porque traduce sentimientos.

No nos lleva otra mira al escribir estas líneas, que reclamar la reposición de la lápida conmemorativa y de la estátua del poeta.

Cuando el extranjero, al querer conocer el alma del pueblo lea con deleite los versos de Pepe Batres, ¿dónde podría encontrar la manifestación de la gratitud nacional?

Harto olvidados tenemos a nuestros hombres para llevar la ingratitud y la dejadez hasta los extremos. No tenemos la efigie de Fray Matias Córdova ni de Landivar; hemos relegado al olvido a los Goyenas, los Diéguez, los Irizarris, los Milas: ¿y podremos permitir que suceda lo mismo con el más querido y más íntimo?

No es posible. Se impone, pues, la necesidad de la reposición, y ojalá nuestras palabras no se las lleve el viento.

Luis de EGUILAZ

El atletismo nacional y los Juegos Olímpicos

Ha sido verdaderamente una idea feliz la que se tuvo al promover e iniciar esta clase de deportes que revelan alta cultura, que traen acercamientos e intimidades y que como consecuencia fomentan el desarrollo físico de nuestros jóvenes, preparando así generaciones robustas y sanas para la lucha por la exisencia, en los varios ramos de la actividad humana.

Todos los países se preocupan actualmente del establecimiento de esta clase de ejercicios. Como que la humanidad en una racha de buen sentido, se ha asustado de su creciente degeneración y quiere poner un valladar que la contenga y que salve la especie. Concientes o inconscientes de esta verdad, las sociedades se multiplican y en cada pais, el deporte va tomando carta de naturaleza.

Tímidamente al principio, y ahora exteriorizada en grandes corrientes, ya Guatemala ha visto extenderse por todo su territorio esa clase de juegos atrayentes y cultos.

Los **macht** de fott ball y de base ball, multiplicándose con extraordinaria rapidez, ya invadieron todas las localidades y hasta en pueblos remotos y de modestas posibilidades, los chicos se reunen, compran sus equipos y van a los campos en las mañanas primaverales de la estación a ejercitar sus fuerzas, a dar agilidad a sus miembros y a aguzar la vista y el oído, rodeados de la lucidez de la atmósfera que les hace respirar el oxígeno bienhechor de sus pulmones.

Pero a los juegos ordinarios y ya muy conocidos se agregan ahora los olímpicos. El **"Diario de Centro-América"** hizo de iniciador y acogida la idea, de todas partes se hán apresurado a responder al llamado del atletismo capitalino.

La **'Liga Quezalteca"** con su simpático equipo, ingrezó por el tren de la tarde del martes 23 del mes que termina. Una comisión de los **sportmen** chapines, fue hasta el relleno en un carro especial artisticamente adornado y provistos de obsequios y de una marimba, a recibir a sus hermanos occidentales; y otra comisión y numeroso público los esperó en la Estación central del ferrocarril para darles la bienvenida, entre aplausos y víctores de entusiasmo, como pagando así con demostraciones cariñosas de afecto, la atrayente recepción, que ellos, allá en la Ciudad de las cumbres, dispensaron generosamente a nuestros chicos.

Y he aquí indestructibles lazos de unión y fraternidad conseguidos por la juventud, al calor de los entusiasmos de los veinte años, que son los más duraderos y los más sinceros también.

Los juegos estaban señalados para los días 25 y siguientes de este mes; pero se pensó con mucha razón en que por una parte hay que dar tiempo para el descanso necesario que impuso la fatiga del camino largo, y por otra, para que se inicien en los ejercicios prévios de conocimiento de campo; y los juegos se transfirieron para el primero, cuatro y seis, del mes de Enero entrante. Es un hermoso iniciar del año de 1920.

El entusiasmo que ha cundido en nuestra Capital, es indecible, y es seguro que al Campo de

Marte acudirá desbordante concurrencia, ansiosa de patentizar a nuestros hermanos, que es uno sólo el senimiento patrio que nos anima a todos, desde el Suchiate hasta el Paz.

Más de ochenta atletas nos indican que están inscritos para los Juegos Olímpicos. La lid será reñida y por consiguiente más preciado el triunfo. Quien lo obtenga, sea quien fuere, atará más fuertemente los lazos del afecto.

Oportunamente insertaremos la crónica de esos festivales.

LA PASCUA

He aquí otra fiesta tradicional para nosotros, que se vá. Y ya van dos que este año mata: la feria de agosto y la Pascua.

Dá tristeza acercarse por los escombros de los antiguos portales! A duras penas se contarán unas quince o veinte vendedoras de **pastorcitos,** otras tantas que expenden **rosarios de manzanillas** o manojos de **hojas de pacaya** para los alegres **nacimientos,** y unos cuantos indios que exponen sus ramas de pino para los **arbolitos,** en las recién reparadas paredes del Colegio de Infantes. Los terremotos con sus derrumbes de casas acabaron a un tiempo con dos cosas: las casas y los nacimientos. Afortunadamente no pudieron oncluír con algo que vale mucho para nosotros: con la iniciativa y con la esperanza.

Pero aquella Pascua tan alegre, con sus novenas, sus sones nacionales acompañados por los **pitos de agua,** las **tortugas,** los **chinchines** y los **triángulos**; en que las muchachas cantadoras entonaban nuestras chispeantes **tonadas** al niño, algunas de ellas, verdaderas creaciones musicales: y los **barquillos,** la **agua loja** de la última noche, a la que asistía todo el vecindario; esa Pascua que ostentaba abigarrado **nacimiento** lleno de graciosos anacronismos, en que se moyía desde el agua hasta el cura de la iglesia, esa ya murió. Era una tradición nacional, algo del alma patria que se pierde y se va para no volver más!

¿Qué inocente distracción sustituirá en las generaciones venideras a las de nuestros padres? Ya no íbamos nosotros en los caballejos imposibles de Don **Mito** a visitar la feria, y sólo conservábamos los nacimientos; desaparecen ahora ambas festividades..... y sólo va quedando un resíduo insoluble de tristeza y de hastío, sin compensación en otras diversiones de carácter altamente culto, pues carecemos de ópera y los grandes bailes, se han convertido en modestos **repasos.**

Así va el mundo, transformándose, aunque a la verdad, cada transformación mata algunas alegrías, como aquellos ásperos caminos, en que el viajero al andar, va marcando indeleblemente su planta ensangrentada.....

Pero dejemos a un lado esas consideraciones pesimistas, y hagamos constar con alegría y satisfacción, que en esta Pascua, que es el segundo aniversario de nuestro calamitoso desastre, ya los espíritus han levantado un canto grandioso de esperanza: nuestra herida Ciudad ha restañado sus lesiones, y se levanta más airosa, más joven y más viril que antes.

¡Loado sea el Dios de los Pueblos, que así ha sabido recompensar nuestros esfuerzos, y que en nuestros corazones nos ha colocado un iris de ventura, prometedor de mejores días!

¡Que nuestros lectores tengan buenas Pascuas y feliz Año Nuevo!

LIEBEL.

COSAS DE MEXICO

POR QUE UN TERRATENIENTE MEJICANO ODIA A VILLA

"Si hubierais perdido setenta millones de acres de terreno, por no decir nada de otras numerosas posiciones, comprenderíais probablemente lo duro que os habría tratado la suerte." He aquí lo que nos manifiesta el General Luis Terrazas, antiguo residente de la Ciudad de Chihuahua, Méjico y ahora de El Paso, Texas.

Parece que don Luis no culpa tanto a la suerte como a Pancho Villa, que se ha hecho notable como bandido y como perturbador general de la paz en su país durante los últimos años; Terrazas sostiene que Villa lo ha arruinado.

Dice que daría su vida por ver muerto a Villa, y que después lo seguiría al otro mundo para denunciarlo por sus pecados. Fuera del hecho de qué se trata de un hombre que en otra época fu el terrateniente más grande del mundo, la historia de don Luis es interesante porque arroja luz sobre las condiciones agrarias de Méjico, que condujeron a la intranquilidad que ha prevalecido en aquel país por varios años.

Terrazas nació en la Ciudad de Chihuahua el año de 1829, de padres españoles, que le dejaron una pequeña fortuna. Tuvo gran afición a la crianza de nagado, pero parece qu su especie fue la anexión de tierras; sabemos que ayudó al libertador mejicano y Presidente, Juárez a expulsar del país a los franceses. Por estos servicios recibió concesiones agrarias.

Cuando Maximiliano invadió Méjico la familia Terrazas defendió el Estado de Chihuahua, y recibió una consesión territorial. Al llegar Díaz al poder por medio de una revolución, Terrazas fue el jefe de los partidarios de don Porfirio en Chihuahua, y recibió por ello otra concesión de la misma índole.

De este modo fue acumulando terrenos, tomándolos aquí y allá a medida que pasaba el tiempo, y asiéndose con tenacidad a ellos, el General Terrazas adquirió propiedades tan vastas que se dice que nadie más que él conocía su extensión. Sidney Roberts asegura que se puede caminar veinticuatro horas en el tren sin salir de los ranchos del ex-millonario; en sus terrenos había pequeñas poblaciones, y al servicio inmediato de las haciendas se encontraban treinta mil peones.

"Todo el día al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, se podía caminar en Chihuahua sin salir de sus terrenos. Su ganado vacuno y caballar ascendía a centenares de millares de cabezas. Nunca se contaban por la sencilla razón de que era

imposible, y don Luis no pagaba impuesto, de modo que a nadie le importaba el número.

"En general se dice que sus propiedades abarcaban la mitad del Estado de Chihuahua, y en la Ciudad del mismo nombre tenía todo bajo su dominio, inclusive las utilidades públicas que eran monopolios y pagan grandes dividendos. Nadie podía prestar dinero ni comprar una faja de terreno sin su consentimiento, y no se otorgaba ninguna concesión dentro de los límites del Estado sin que él lo aprobara.

"Terrazas hacía algunas concesiones mineras, aunque no se interesaba mucho en minería. Su prosperidad se basaba en el ganado, en los terrenos y en los empréstitos, todo lo cual constituía un círculo dentro del cual se movía. Creía en el 8% de interés, pero en sus últimos años llegó a pedir hasta el 12; antes de su caída ninguno podía tomar prestado un centavo en Chihuahua sin que él lo sancionara, y el interés era de uno por ciento al mes: él controlaba los bancos, y si quería que los documentos y las hipotecas se convirtieran en empréstitos, no tenía más que disponerlo. No vendía nada, pero si daba en arrendamiento; no permitía jamás que se le escapara de su poder ni un acre de terreno ni un peso."

Sus vastas posesiones hicieron de Terrazas un déspota; sus peones eran sus esclavos, y nos afirman que les daba un trato cruel a los que produjeron la revolución de Madero. Los hacía trabajar hasta más no poder, les pagaba sueldos miserables, los obligaba a gastar todo lo que ganaban en sus propios almacenes y tiendas, y de este modo mientras se enriquecía cada vz más los peones empobrecian. He aquí lo que nos dice Mr. Roberts:

"Tenía unos treinta ranchos para su uso personal, la mayoría de ellos eran suntuosos, y uno tenía un esplendor imperial, que era donde agasajaba a sus convidados cuyo número algunas veces llegaba a cien y los agasajos duraban semanas enteras sin interrupción. En este estado desigual de cosas apareció Francisco Madero, que era probablemente uno de los más sinceros patriotas mejicanos. Algún día un simpatizador suyo referirá la historia verdadera de este azteca, que no es tan negra como la pintan, y sus excesos por lo general se debían a influencias exteriores.

"Madero predicaba la revolución, pero la revolución constitucional. Quería ser elegido Presidente, de modo que le fuera posible realizar las reformas que consideraba necesarias para el desarrollo de Méjico. Hizo una peregrinación por las vastas propiedades raíces de Terrazas, argumentando, dando conferencias, persuadiendo a los peones de que las penalidades, las exacciones y la pobreza extrema no representaban la posición que les correspondía; les dijo que la tierra les pertenecía precisamente a ellos, y que debían armarse y obligar a su patrón a que les pagara sueldos de un peso al día, en vez de los treinta o cuarenta centavos que recibían como paga máxima, de Terrazas. Les explicó que mientras eran gravados para sostener al Gobierno, Luis Terrazas en cambio no pagaba impuestos en absoluto.

"Finalmente concluyó manifestándoles: Elegidme Presidente, y yo cambiaré todo esto; daré a cada uno de vosotros una finca; aumentaré vuestro jornal a un peso, y repartiré entre vosotros el ganado mayor y los carneros."

"Al principio se mostraron incrédulos, pero por último llegaron a creerlo: tal fue la manera como se sembró la semilla de la revolución. Los vaqueros y los peones en su mayor parte habían sido fieles a su amo, su lealtad se basaba en la ignorancia. El peón mejicano es analfabeta, pero ello no quiere decir que carezca de inteligencia. Los trabajadores empezaron a pensar la posibilidad de que cada uno de ellos poseyera una finca; y la parte que le correspondía del ganado de su amo, era una fuerte tentación para ellos. La intranquilidad empezó a evidenciarse; la lealtad desapareció; en seguida estalló la revolución de Madero y se les presentó su oportunidad, vengándose del viejo Terrazas al unirse a los grupos de guerrillas y al saquear las aldeas del millonario y las casas de los ranchos, incendiando sus edificios, matando los animales, y causándole todos los daños que les fue posible. Terrazas encabezaba la aristocracia del capital, y manejando su poder autócrata de una manera que no tuvo rival en el mundo civilizado, fue naturalmente el blanco de aquella revolución que se basaba en las condiciones sociales. El terrateniente más grande del orbe había llegado al pináculo de su carrera, y su descenso fue rápido.

"En todos los desórdenes que siguieron a la revolución de Madero, sean quienes hayan sido los que sufrieron, Terrazas nunca dejó de ser la víctima; sus rebaños y sus fortunas fueron disminuidas, y cuando Francisco Villa empezó su marcha de Juárez hacia el Sur hasta Chihuahua, el General Terrazas huyó de su casa ubicada en la Ciudad de Chihuahua, a caballo, y aunque su edad pasaba de los 84 años en aquel entonces, hizo todo el viaje hasta la frontera. Ese mismo día llegó a Ojinaga que se halla en la línea divisoria, el 8 de diciembre de 1913, y desde esa fecha jamás ha vuelto a Méjico."

Fue después que ese anciano ex-millonario huyó de Méjico, que Villa bajó sobre Chihuahua; capturó a unos de los hijos del General, llamado también Luis, y pidió un rescate de seiscientos cincuenta mil pesos. Villa también ordenó que el joven Luis entregase todos los recursos que Terrazas padre tenía depositados en los bancos. Terrazas hijo parecía no muy dispuesto a cumplir lo que el jefe de los bandidos le pedía, ni tampoco se pagaba el rescate propuesto, a lo cual Villa

 INFORMACION MUNDIAL 

LA VICTORIA EN EL MAR

Por el Contra-Almirante William Sowden Sims, Jefe de la Escuadra Americana.

El almirante Jellicoe preguntó entonces a los comandantes si podrían navegar en grupos de dos o de tres, sosteniendo la estación.

"Dos podrían hacerlo, pero tres sería demasiado", fue el desconcertante veredicto; pero los Comandantes tenían la certeza de que ni siquira dos buques de comercio podían navegar sosteniendo la mencionada estación cuando llegara la noche y no encendieran luces. Dos barcos tendrían que marchar en fila de a uno, el buque-guía llevando una luz a popa. Los Capitanes manifestaron su convicción de que preferían navegar solos, es decir cada buque por sí, dejando a cada cual que corriera su ventura al entrar en puerto.

Y hasta allí paró el asunto. Tuve la oportunidad de discutir el sistema de convoy con varios capitanes mercantes, y en esas discusiones simplemente repitieron el mismo parecer que habían expresado en la conferenca formal. No creo que los oficiales de la armada británica se hayan puesto en contacto con un solo Comandante de buque de comercio que haya simpatizado por entonces con el sistema de convoy. No abrigaban ninguna duda acerca de tal idea; se mostraban francamente hostiles.

Los Capitanes de los buques mercantes constituyen un cuerpo magnífico de marinos; su primer pensamiento era servir a su patria y la causa de los aliados; su actitud en este asunto no era obstinación; simplemente, el resultado de su sincera convicción de que el sistema de convoy acarrearía mayor pérdida de buques que las causadas por los submarinos alemanes.

Muchos oficiales navales a la sazón participaban de este mismo parecer. Se oponían al convoy no sólo por las razones antedichas; su introducción significaría en el acto merma de tonelaje en un quince o veinte por ciento, por el tiempo que se consumiría en reunir los buques, esperar la escolta y disminuir el promedio de velocidad con que navegaban.

Muchos de los propietarios de buque y directores de compañías navieras manifestaron la misma opinión. También rechazaron el sistema de convoy fundándose en que causaría considerable demora y por consiguiente pérdi-

da de utilidades. Sin embargo, la actitud de la marina mercante no habia eliminado por completo la deliberación acerca del mencionado sistema.

Cuando llegué, todavia se discutía la proposición; el número de buques que los alemanes estaban hundiendo hacía la discusión inevitable; parecían existir dos escuelas entre los marinos de los aliados: la una se oponía al convoy, y la otra insistía en que se pusiera a prueba. El convoy tenia un atractivo irresistible para el oficial que contrabalanceaba todas las objeciones que se presentaban en contra de aquél. Su adopción habria significado una ofensiva contra los submarinos alemanes.

El defecto principal del sistema de patrullas, tal como se practicaba entonces, era que en un principio constituía una medida defensiva. Cada destroyer efectuaba sus giras en una area asignada, pronto a ayudar a los buques que se hallaban en apuros a escoltar a los barcos en la travesia de su propia zona, e incidentalmente atacar a un submarino cuando se presentaba la oportunidad.

Pero el simple hecho de que un destroyer esuviera patrullando una area especial, sólo significaba, como ya se ha explicado que el submarino tenía que sumergirse para hacerse invisible mientras pasaba el barco de guerra. Por consiguiente el sumergible procedía a operar siempre que un destroyer no estaba a la vista, y esto era necesariamente lo que ocurría la mayor parte de las veces, pues la zona submarina era una extensión muy grande, y la Flota de destroyers aliados era lastimosamente pequeña, de modo que se hacia imposible cubrirla eficazmente.

En estas condiciones habia pocos encuentros entre los destroyers y los submarinos, por lo menos en las aguas al Sur y al Occidente de Irlanda, pues los submarinos tomaban todas las precauciones para no acercarse mucho al grado de que fueran vistos por los destroyers.

Sin embargo, las armadas inglesa y francesa no eran las únicas que por entonces se hallaban dependientes de la patrulla para proteger a los buques de navegación superficial. La armada americana estaba cometiendo precisamente el mismo error en la costa del Atlántico. Tan pronto como el Congreso declaró la guerra a Alemania, esperábamos que por lo menos unos cuantos sumergibles germanos cruzarían el Atlántico y atacarían a los buques de Norte América. Ciertamente muchos creyeron que alguno de esos submarinos había ya cruzado el mar anticipándose a la declaración de guerra; los periódicos aparecian congestionados de historietas disparatadas a cerca de las bases submarinas establecidas en aguas mejicanas, en la costa de Nueva Inglaterra y en otras partes más; se informaba que los sumergibles habían entrado en el estrecho de Long Island; que se habían tendido redes para cerrar el estrecho a fin de que los buques enemigos no pudieran penetrar en el puerto de Nueva York; y que nuestros bar-

cos costeros veían periscopios y estelas de torpedos por todas partes desde Main hasta Florida.

Tanto prevalecía el recelo que, en los primeros días de la guerra, los destroyers americanos con toda regularidad patrullaban nuestra costa en busca de submarinos. No obstante la idea de hallarlos de esta manera era absurda; aunque hubiéramos sabido donde estaba localizado un sumergible, habría habido poca probabilidad de que lo desubriéramos, por no decir nada de que lo cogiéramos cerca.

Supongamos que hubiéramos sabido que un submarino alemán operaba en el cabo Cod; habríamos tenido la latitud exacta así como también la longitud donde se esperaba que se encontrase en un momento dado. En el instante en que se hubo despachado el mensaje pudo que el submarino haya estado en la superficie listo para atacar a un buque mercante que pasaría, pero aun en estas condiciones el destroyer no podría acercarse a su enemigo, por que tan pronto como el sumergible lo viera aproximarse, sencillamente se sumergería permaneciendo bajo de agua perfectamente seguro.

Cuando todo el peligro hubiera pasado, habría salido a la superficie con la mayor serenidad, y habría seguido delante a cumplir la consigna de hundir el barco mercante. Una de las cosas asombrosas de esta guerra fue que muchos de los oficiales de armada de todos los países no parecieron comprender, sino hasta muy después, cuán inútil era lanzar barcos de navegación superficial contra los submarinos para recorrer el ancho océano con el fin de atacar y perseguir al enemigo. Lo que restaba hacer, por supuesto, era obligar a los submarinos a que se lanzaran contra los buques preparados para atacarlos, y luchar con el propósito de conseguir buques mercantes.

Ya he expuesto este punto antes, y ahora repito la explicación para dar énfasis al hecho de que el sistema de patrulla era necesariamente ineficaz, debido a que se hacía casi imposible combatir con los submarinos, y que la protección que se daba a los buques era muy pequeña. La ventaja del convoy, como sistema, era precisamente que hacía dicho combate inevitable. En otros términos, equivalía a una guerra de ofensiva.

Se propuso rodear cada convoy de una valla protectora de destroyers, precisamente como se hace con la flota de combate. Todo submarino que intentara torpedear a un buque de convoy, podría lograr su objeto en aguas que no tuvieran destroyers. Para colocarse en posición para descargar su proyectil, el sumergible tenía que acercarse al borde que marcaba el círculo de estos destroyers. Precisamente en cuanto el torpedo empezaba su curso y aparecía la huella indicadora en la superficie, los buques protectores comenzaban a lanzar al agua sus bombas de profundidad.

De esa manera los alemanes tenían que luchar por cada buque que se proponían hundir, en vez de echarlos a pique a sus anchas en las aguas ilbres de destroyers, como hasta la fecha lo habían hecho. La gran ventaja de los buques que navegaban en estas aguas, era la de que se hallaban completamente protegidos por los destroyers, como se probó en la zona inmune que se había establecido en el Canal de la Mancha desde Dover hasta Calais, y desde Folkstone hasta Boloña.

Al arreglar los buques en convoyes compactos y al protegerlos con destroyers, realmente creábamos otra zona inmune de la misma clase, con la única diferencia que era movible. Supongamos que estableciéramos una milla cuadrada de la superficie del océano en que los submarinos no podrían operar sin gran peligro, entonces trasladábamos esa milla cuadrada moviéndola junto con nosotros hasta llegar al puerto.

Confianza en los marinos de la Flota Mercante.

Las ventajas del convoy eran tan manifiestas que, a pesar de la actitud pesimista de los Capitanes mercantes, había cierto número de Oficiales de la armada británica que se mantuvieron insistiendo en que debía ponerse a prueba el sistema.

En esta discusión, me puse de una manera decidida de parte de esta escuela; desde el principio había creído en el método del convoy para combatir a los submarinos. Ciertas experiencias tenidas anteriormente me hacían creer que los Capitanes de los buques de comercio se equivocaban al menospreciar la calidad de sus propios barcos.

Estaba convencido de que estos inteligentes y vigorosos no comprendían realmente su competencia en el manejo de los buques. En mis discusiones con ellos descubrí una idea exagerada acerca de la habilidad de la Oficialidad de la armada en las maniobras de sus grandes flotas. Ellos atribuían esto a la instrucción superior de los marinos y a las cualidades especiales de los barcos.

A veces me decían: "Los buques de guerra están construídos de modo que pueden guardar orden en la marcha y girar para cualquier lado obedeciendo a una señal; pero nosotros no contamos con tripulantes en nuestros barcos que puedan hacer estas cosas."

Era muy natural que se equivocaran sobre el particular, y yo lo comprendía bien; su experiencia práctica en el manejo de buques de todos tamaños, formas y velocidades, bajo una gran variedad de condiciones, es en realidad mucho mayor que la de los Oficiales de la Armada. Aprendí este hecho hace más de 30 años, cuando me hallaba en la Escuela de Pensilvania, dando clases de navegación.

Fue una de las experiencias más valiosas de mi vida, pues me puso en contacto diario con los marinos de la flota mercante, y entonces hice el descubrimiento que ahora me resultaba tan precioso.

Es verdad que tenían mucho que aprender acerca del manejo del vapor y los movimientos de maniobra, pero tenía yo la seguridad de que lo que les faltaba lo adquirirían pronto y lo pondrían con éxito en práctica bajo la dirección de Oficiales de Armada, porque el Comandante del convoy tenía que ser simpre un Oficial de esa categoría.

El Oficial naval no sólo tiene un grupo de buques que corren prácticamente con una velocidad uniforme, y lo bastante competentes para girar con presteza, sino que va provisto de varios instrumentos que le facilitaban mantener siempre las revoluciones de sus máquinas, para medir las distancias y para los demás usos. Un Oficial que ha sido instruído en el manejo de los buques durante algunos años antes de que se le confíe el mando de alguno, no sólo conoce sus peculiaridades sino que también las de sus Capitanes, cosa que

constituye un informe muy útil.

Aunque era necesario para los buques de comercio el marchar en una formación determinada, e incluyendo quizá 30 barcos enteramente diferentes en tamaño, forma, velocidad y nacionalidad, y con cualidades distintas de manipuleo, sin embargo tenía yo la confianza de que eran competentes sus Comandantes para manejarlos con éxito en condiciones difíciles.

Uno de mis más experimentados Comandantes de destroyer me informó después que cuando él escoltaba un convoy de 28 buques de comercio, conservaron éstos su orden de marcha tan bien como los acorazados, mientras ejecutaban dos maniobras para evadir el ataque de los submarinos.

La influencia que poséia por entonces, la puse de parte del grupo de Oficiales ingleses que abogaban en favor del convoy.

Sin embargo había en realidad un impedimento grave para adoptar este sistema de convoy, y era la falta de destroyers. Los ingleses, por razones que han sido suficientemente explicadas, carecían del número necesario de dichos buques para la obra.

Esto hizo tan importante la participación de los Esados Unidos; teníamos barcos adicionales que hubieran hecho posible la adopción inmediata del sistema de convoy. No quiero decir que dicho sistema no se habría establecido de no ser porque enviamos los destroyers para ese fin; sin embargo no veo cómo se hubiera implantado el sistema de una manera completa y sistemática en una época tan temprana.

Nosotros proprocionamos otros buques además de los destroyers, pues fuera de lo que llamamos "convoy moderno" que servía para proteger la masa compacta de los buques contra los submarinos, fue también necesario suministrar escoltas de acuerdo con el antiguo plan napoleónico.

Los destroyers se ocupaban de conducir los barcos de comercio a través de la zona submarina; no los acompañaban en toda la travesía del océano, porque había poco peligro de ser atacados por sumergibles cuando los buques no se hallában en el área infestada.

También dicha compañía era imposible por el número limitado de los destroyers; pero desde el momento en que los convoyes salían de un puerto, digamos Nueva York o Hampton Roads, existía la posibliidad de sufrir el mismo ataque al cual estaban expuestos los convoyes aun en el tiempo de Nelson, cuando los asaltaban los corsarios. Siempre temíamos que los cruceros alemanes del tipo del Moewe, se escaparan y entraran al Atlántico para atacar a los buques mercantes, y por tanto teníamos que acompañar a éstos en la travesía del océano con acorazados y cruceros, tal como se hizo hace un siglo. Los ingleses no tenían buques disponibles en número suficiente para este fin, y de nuevo la armada americana pudo llenar el vacío; nosotros teníamos cierto número de acorazados y cruceros que se adaptaban de una manera ideal a esta clase de trabajo.

El 20 de abril recibí un mensaje del Almirante Jellicoe, en que me pedía que pasara al Almirantazgo; cuando hube llegado

me comunicó que el proyectado estudio del sistema de convoy había sido hecho, y me entregó una copia. Se había resuelto enviar un convoy experimental desde Gibraltar; el Almirantazgo no había decidido en definitiva que sistema de convoy debía adoptarse, pero se abrigaba el propósito de hacer una prueba justa y completa.

Esa misma tarde a la hora de comer, me reuní, con Mr. Lloyd George, Sir Edward Carson y Lord Milner, y una vez más discutí con ellos todo el proyecto del convoy. Encontré al Primer Ministro singularmente inclinado en favor del plan; en términos generales, los civilistas estaban mejor dispuestos hacia el convoy que los marinos, porque se hallaban menos familiarizados con las dificultades naúticas.

Los Oficiales navales fueron enviados inmediatamente a Gibraltar a instruir a los Capitanes de los barcos mercantes en los detalles de reunir y conducir los buques. Se escogieron barcos de ocho nudos para el experimento, y cierto número de destroyers se designó para su protección. Los Capitanes de los buques de comercio, como era de esperarse, vieron toda la empresa con sospecha, pero entraron en ella con espíritu adecuado.

El éxito del primer convoy

El 20 de mayo llegó el primer convoy a su destino en Inglaterra en magníficas condiciones; el éxito obtenido en el viaje desaprobaba todas las opiniones pesimistas que los marinos mercantes habían abrigado con respecto a si mismos. Pronto descubrieron, como ya lo había insinuado yo, que prácticamente harían todo lo que en sus conferencias con el Almirantazgo, habían declarado imposible para ellos.

En las sesiones celebradas en el Almirantazgo aseguraron que solamente dos buques podían mantenerse en órden de marcha; ahora descubrían que todo el convoy podía navegar guardando las distancias estipuladas entre los barcos y sosteniendo la formación con poca dificultad.

Se les enseñó a maniobrar de esta manera; la práctica se efectuó de un modo sucesivo con todos los convoyes, y cuando llegaban a la zona de peligro se encontraban con que obedeciendo a la señal convenida de antemano, todos los buques podían girar como si fueran uno solo, haciendo evoluciones de zig-zag, según lo pedía la situación.

Habían asegurado que no podían navegar por la noche sin valerse de luces y que un esfuerzo que se hiciera en ese sentido daría por resultado muchos choques, pero este convoy experimental probaba que únicamente se trataba de una simple ilusión.

Naturalmente la llegada del convoy causó la mayor satisfacción al Almirantazgo, pero los más entusiasmados fueron los mismos Capitanes. Todo aquello era para ellos una revelación completa de su competencia, y por consiguiente satisfacía su orgullo. La noticia de este arribo se rumoró en los círculos na-

vieros, cambiando totalmente la actitud de los marinos mercantes, y los principales opositores del sistema de convoy se tornaron en sus más ardientes defensores.

Fuera de los círculos navieros, nada se sabía del convoy; no obstante el 20 de mayo, fecha de la llegada, marcó uno de los grandes puntos de conversión de la guerra, pues ese viaje crítico significaba que los aliados habían encontrado la manera de derrotar a los submarinos germanos.

Mientras el potente clamor del mundo pedía un invento específico para destruir en una noche todos los submarinos, o que exigía que los aliados bloquearan sus bases, o que proponían que hicieran cierto número de cosas imposibles; los Jefes de la Armada de los aliados habían descubierto sin embargo el 20 de mayo de 1917 la manera de poner término a la campaña submarina de los alemanes aun sin valerse de esas dudosas ayudas que se pedían.

El peligro de los sumergibles no había terminado absolutamente cuando llegó el primer convoy: todavía nos quedaban por delante muchos meses de ansiedad; había otras maneras que inventar para suplementar el convoy; no obstante el hecho importantísimo era que los Jefes de la Entente comprendían ahora por primera vez que el problema no era insoluble; que con trabajo ímprobo e infinita paciencia, podían mantener abiertas las comunicaciones que eran tan esenciales para la victoria.

La llegada de estos buques probados por el tiempo, significaba que los ejércitos y las poblaciones civiles recibirían su alimento y sus materiales, y que los mares se mantendrían libres para el transporte de tropas que los Estados Unidos mandaban a Francia. En una palabra, significaba que los aliados podían ganar la guerra.

El sistema de convoyes adoptado.

El 21 de mayo el Almirantazgo británico, que se hallaba ahora completamente convencido, votó en favor de la adopción del sistema de convoy para la marina mercante. Poco después llegó con bien el segundo convoy procedente de Hamston Roads; los otros convoyes comenzaron a arribar de los puertos escandinavos.

El 21 de julio pude informar de una manera definitiva a Washington que "el éxito de los convoyes hasa la fecha muestra que el sistema pondrá fin a la campaña de los submarinos si se aplica generalmente y a tiempo."

Sin embargo, aunque reconocemos el hecho de que el convoy conservará nuestras comunicaciones, haciendo de esta manera posible la continuación de la guerra, no debemos pasar por alto un elemento importante que contribuyó al éxito.

Al describir la obra del destroyer, que en el brazo protector del convoy, nada he dicho acerca de las fuerzas que en realidad echaron las bases de su campaña. Todo el tiempo que estos destroyers luchaban con los submarinos, el poder que hacía factible estas operaciones navegaba tranquilamente por el Mar del Norte, cuando el mundo apenas se daba cuenta de que existía.

Respaldando todas estas operaciones se hallaba la fuerza poderosa de la Gran Flota; los acorazados del Almirante Beatty y

los cruceros de batalla, complementados después con un magnífico escuadrón de buques americanos, mantenían a los barcos alemanes de navegación superficial acorralados en sus puertos, y de esa manera quedaba el océano libre para emprender sus operaciones, mediante los buques aliados de navegación superficial.

Ya he dicho que en abril de 1917, las armadas de la Entente, mientras controlaban la superficie del mar, no podían hacer nada en la sub-superficie, que por entonces se hallaba prácticamente a la disposición de los alemanes. No obstante el hecho determinante, como lo sabremos ahora, era que este control de la superficie iba a dar también el dominio de la sub-superficie.

Sólo el hecho de que los acorazados mantuvieran la flota alemana embotellada, hacía posible que los destroyers y otros buques realizaran una obra benéfica. Cuando miramos retrospectivamente, se nos hace manifiesto que únicamente una convulsión de la naturaleza pudo haber derrotado a las fuerzas aliadas. En un combate en mar abierto sus armadas de navegación superficial habrían vencido a la flota alemana, pero supongamos por un momento que un terremoto o una gran perturbación natural cualquiera, hubiera encerrado la flota inglesa en Scapa Flow.

Entonces el mundo habría estado a merced de Alemania, y todos los destroyers que los aliados hubiesen puesto en el mar de nada habrían servido, pues los acorazados germánicos y los cruceros de batalla hubieran hundido los barcos enemigos o los hubieran obligado a permanecer en el puerto.

En ese caso el comercio de la Entente habría sido víctima, no sólo de los submarinos que hubieran operado con la mayor libertad, sino de los buques alemanes de navegación superficial. En unas cuantas semanas las provisiones alimenticias de los ingleses se hubieran agotado, e igual cosa habría pasado a los soldados y municiones que Bretaña enviaba constantemente a Francia.

Los Estados Unidos no hubieran podido mandar fuerzas al frente Occidental, dando por resultado de todo el rendimiento que los aliados mismos, en la primavera de 1917, consideraban como una posibilidad no muy remota.

Norte América entonces se habría visto obligada a hacer frente sola a la potencia germánica, y a luchar contra ella antes de que hubiera tenido oportunidad de reunir nuestros recursos y equipar nuestros ejércitos.

El mundo se evitó todas estas calamidades porque el destroyer y el convoy resolvieron el problema del submarino, y porque estos se hallaban respaldados —como consolidando la victoria— por los escuadrones del Almirante Beatty, manteniendo al alcance de su brazo los buques alemanes de navegación superficial, mientras estos barcos relativamente frágiles salvaban las libertades del mundo.

HISTORIA VERDADERA DEL BOLSHEVISMO. NOS HABLA UN

periodista ruso, recién escapado de la tierra del desórden, acerca de una larga serie de fraudes y fracasos.

(Concluye).

Lo que es aun más importante es que, siguiendo estas causas que hemos mencionado, encontramos que se cita una relativa a las condiciones de pago, a saber, la abolición del sistema de primas. Estas cosas han sido abolidas como la peor expresión de la explotación capitalista del trabajo. En otro lugar leemos que el cambio en las condiciones de pago debe considerarse como ocupando el primer lugar en la serie de causas que han dado márgen a la disminución de la productibilidad y que la falta de alimento apropiado es secundaria. Es aquí que el bolshevismo ha sufrido una completa bancarrota; se ha obligado a renunciar el principio de igualdad, que es precisamente el alma de su teoría, a restablecer los caracteres básicos del sistema que condenó.

Al principio esto se hizo con timidez, con excusas, con exprciones de pena; pero a pesar de todo poco tiempo después hallamos en las columnas del órgano oficial Isvestia, una discusión sobre este punto, que no persigue más que un objeto: oscurecer la mente de las masas, valiéndose de las muchas palabras exóticas. Logrado este objetivo, el mismo Isvestia pide cínicamente que se

Más el auxilio de la Providencia no siempre se ve.

Y Alegre, que contaba con el milagro, dada su fe sencilla y candorosa, lloró como no había llorado nunca, viéndose abandonado de los hombres.... y de Dios.

Margarita, temblando de frío, medio escondida la cabecita en el pecho de su amigo, lloraba también.

Tell era el único que erguía la cabeza, miraba las olas negras que avanzaban, rugiendo, a tragárselo todo. Hubiera podido tentar la huída y salvarse en lo alto del Peñón, pero Tell no huía: su amo no lo abandonó nunca, y él no abandonaría nunca a su amo.

Alguna emanación extraña debió herirle el olfato, porque tendiendo las orejas hacia el mar, mantúvose en acecho un rato, arrojando por último un ladrido penetrante.

Alegre lo oyó. ¡Pobre Tell, quería avisarle, sin duda, que la ola llegaba trayendo consigo la muerte, de la que tantas veces habían escapado aquella terrible noche!

Intentó levantarse, pero estaba como clavado en tierra por el cansancio y el abatimiento. Quizás de haber tenido alguna esperanza, hubiera hecho un esfuerzo extraordinario y vigoroso para salvarla a **ella.** Mas ¿para qué cansarse, si lo mismo les aguardaba la muerte en la cima que en la playa? El Peñón era el palacio de las olas; en la marea alta las olas venían a habitarlo y lo cubrían enteramente.

Y las olas seguían avanzando. Era la última carga.

Y Tell seguía ladrando. No eran ya los lúgubres aullidos con que en el acantilado saludaba a la muerte, no; era el toque de corneta con que avisaba a lo Desconocido que en el Peñón había náufragos a quien salvar.

Alegre miró a su perro. ¿Por qué ladraría así?

¡Oh, qué grito jubiloso se le escapó del pecho!

—¡Margarita!—exclamó levantándose,— ¡mira, mira allí!

—¡Dios mío!

A algunas brazas, sobre las bullentes olas y moviéndose a compás de ellas, avanzaba una luz.

—¡Es una barca! ¡una barca que nos busca! Margarita. gritemos, gritemos para que nos oigan.

Los dos niños, con todas las fuerzas de sus pulmones lanzaron un grito, un grito de júbilo, de espanto, de desesperación, todo mezclado; grito que se perdió entre el grito que el mar lanzó para ahogarle.

Pero allí estaba Tell que lanzaba al viento sus ladridos estridentes.

Desde la barca los oyeron y comenzaron a maniobrar para acercarse en esa dirección. Pronto se destacó en la negrura de la noche el blanco tormentín izado en el extremo del mástil; después se vio el casco de la embarcación.

Cada vez se acercaba más, corriendo parejas con las olas.

Si la barca llegaba antes, los niños se salvaban; si llegaba después, las olas cantarían victoria, azotando las rocas en la última fila de trincheras.

La barca se acercaba con lentitud desesperante. Las olas avanzaban a paso de carga.

Alegre comprendió que la muerte jugaba carreras con la vida.

Y la muerte iba ganando. Ya la primera oleada había mojado los pies de los niños; era la avanzada de la gran ola.

Pero Alegre no tembló; tenía esperanza.

—¡Huyamos, Margarita!—gritó tomando en brazos a la niña.

Su vigor era como el Fénix: renacía de las cenizas.

Llegó hasta las primeras rocas y con su carga adorada comenzó la ascensión; como no podía tenerse en pie, marchaba de rodillas.

Y la ola detrás de él, lamiendo sus huellas ensangrentadas.

Y la barca detrás de la ola, disputándose la victoria.

Y Tell, en la playa inundada, dando al viento su toque de rebato y guiando a lo Desconocido.

Tell no sabía que el patrón de la barca era el tío Jorge.

Alegre, sí; había oído un "¡Tromba!' ¡Un cuarto a babor!"

Empero, no había concluído; le faltaba la parte más agria del calvario: era necesario avanzar, yendo hacia arriba, encaramándose por los angostos reventones que llevaban a la cima, porque la marea seguía subiendo.

Quiso hacerlo y le fue imposible; en cuanto sintió la blandura de la arena, se le doblaron las rodillas y cayó rendido.

El golpe despertó a la aletargada niña.

—¡Alegre!—murmuró.

—Margarita, vamos a morir.

Ella sonrió: ¿qué clase de muerte era aquella que no llegaba nunca.

En la playa el flujo era más lento, pero más formidable; entre las rocas, el agua avanzaba a embestidas: quedábales la esperanza de refugiarse en lo alto de un peñasco y prolongar durante algunos minutos la vida: aquí no había siquiera esa esperanza. La muerte marchaba despacio, pero infaliblemente.

La lluvia seguía cayendo a chorros cerrados, fríos como témpanos de hielo.

El viento no amainaba.

—Tengo frío, Alegre —murmuró la chiquilla; —mucho frío.

El no respondió; la besó en la frente, en los ojos, en los labios, con ternura desbordante; ¿qué podían hacer sus besos para devolver el calor a sus miembros ateridos.

En su desamparo volvieron a mirar el cielo, y rezaron.

Tell iba delante y él lo seguía, fiándose más del instinto del perro que de sus enmarañados recuerdos.

Cuando alguna columna, de pie aún, o algún lienzo de muralla se le ponía por delante, él los rodeaba, esquivando sus celadas, huyendo de las olas que los perseguían, cayéndose, levantándose, arrastrándose como un gusano cuando no podía caminar; desgarrándose las manos, los pies, las rodillas; dejando jirones de sus ropas y de su carne en las aristas de las peñas; no osbtante, avanzando siempre con su preciosa carga al hombro y cuidando a costa suya que ni el más leve rasguño lastimara el delicado cuerpo de la niña.

Y seguía andando. A veces corría para ganar un trecho y tomar algún respiro; cuando creía haber adelantado mucho, una barrera infranqueable le cerraba el paso, y tenía que desandar lo andado para buscar otra salida, para continuar huyendo, porque las olas conocían el camino y lo acosaban de cerca.

Así lo hizo una vez, lo hizo diez, lo hizo veinte, lo hizo cien; y había que seguir huyendo, que sacar fuerzas de flaqueza, y el pobre niño exhausto por la doble carga que llevaba, sacaba fuerzas, Dios sabía de dónde, y corría, corría con la loca esperanza de salvar a su amiguita, aun cuando él muriera de cansancio.

Así contorneó gran parte del acantilado; así pudo llegar a la playa arenosa del Norte, donde tantas veces había fondeado su **Gaviota**.

La barca, en el momento que la proa iba a alcanzar el linde de las rocas, viró cruzando de largo.

¿Se iba? ¿Los abandonaba también el tío Jorge?

No; el tío Jorge burlaba al mar. La ola hipócrita y traidora lo acercaba al islote en su lomo para estrellarlo contra el arrecife cuando ella traspusiera el pórtico de su palacio.

El viejo lobo adivinó su intención, y en el momento justo, en la pulgada precisa, la embarcación viró, huyendo de las arteras caricias del mar.

La ola, despechada, volvía rugiendo: sus víctimas se le escapaban; aun necesitaba otra embestida para alcanzarlas; iba a tomar alientos.

El tío Jorge la dejó pasar, y, virando de nuevo, volvió a cruzar frente al boquete del tasón.

—¡Ahora!— gritó a los niños, que habiendo errado la senda se habían detenido temblorosos al pie de otro farallón inaccesible.—¡Ahora, tromba! ¡Al agua, sin miedo!

Alegre comprendió la maniobra; era necesario obrar pronto, o la barca se le escapaba y volvía la ola.

—¡Margarita, agárrate a mí—gritó, y se arrojó a la ola.

Primero se hundió; cuando salió a la superficie, sosteniendo con un brazo a la niña, nadó desesperadamente hacia la barca; un momento creyó que iba a alcanzarla, estiró el brazo, pero la barca

se le escabulló como una anguila por entre los dedos. Un golpe de mar cayó sobre él; tragó agua; volvió a salir a la superficie; lanzó un grito; cerró los ojos y comenzó a hundirse, a hundirse como la primera vez..... abrazado a Margarita.

De pronto, cuando ya lo juzgaba todo perdido, sintió que lo levantaban de las ropas y lo sacaban, a la superficie; respiró con ansia y abrió los ojos: Tell era su salvador.

En tanto, la barca volvía a cruzar en busca de los niños; pasó a un metro de ellos sin verlos; Alegre lanzó un grito:

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Socorro!

Como entre sueños parecióle que alguien nadaba a su lado, que lo sostenían, que lo impelían y, por último. que lo izaban.

Oyó órdenes mezcladas de trombas; soñó que cabalgaban sobre el lomo hinchado de una ola monstruosa que zamarreaba a la barca con furia, que huían de sus garras, que bailaban sobre el mar, y después, rendido por tantas emociones, perdió el conocimiento.

Estaba a bordo de la **Bella Italia.**

Sólo el agua paciente dulce y constante puede tallar filigranas.

El "Peñón de las gaviotas" era una obra maestra de ese artista.

Tazón puesto boca abajo, cuarteado en la parte Norte.

Al Sur estaba entera y era inexpugnable; sólo mostraba estupenda muralla rasa, sin andamios, sin escarpias, sin salientes, sin agujeros, sin peldaños de ninguna clase. Por allí sólo trepaban los lagartos.

En la base de aquel murallón las olas habían labrado un palacio. Habían trabajado en él con amor; mas como si no hubiera resultado su gusto, lo destruyeron.

Sólo quedaban estatuas mutiladas sin pedestal, pedestales sin estatuas, capiteles sin columnas, columnas sin capiteles, lienzos de murallas y trozos de arcos y fustes sembrados por todas partes.

Una galería de escalones lamidos y gastados por las olas contorneaba todo el islote, hasta el Norte, hasta la playa arenosa donde quedaba el boquete del tazón roto.

Era el camino que debía seguir Alegre; pero estaba invadido por la marea y había que subir forzosamente al atrio del palacio y buscar otra vereda entre el dédalo de escombros, resbaladizos y aguzados como puñales, únicos restos del partenón marítimo.

Era el calvario de Alegre.

XXIX

EL TIO JORGE CONTRA EL MAR

En la Naturaleza hay un genio que se llama la Casualidad.

Sus creaciones son, en las montañas, a veces sublimes y a veces ridículas.

Al mirar aquellos desmesurados mogotes de formas estrambóticas, haciendo la caricatura de un dios egipcio junto al perfil de un zapato, cree uno hallarse en el taller de un cíclope escultor, ciego y demente.

El martillo de ese artista son los terremotos.

En el mar, la Casualidad genio es más delicada.

Es un Cellini que trabaja para el Caso.

Sus herramientas son los vientos y las olas: los vientos, el martillo; las olas, el cincel.

En las montañas, la Casualidad-genio trabaja a remesones.

Si concibe la obra, la esboza únicamente; jamás la acaba.

En el mar, la Casualidad-genio trabaja eternamente, minuto a minuto, perfilando, puliendo, borrando hoy la obra de ayer.

Ni descansa ni queda jamás satisfecha.

XXX

AL DESPERTAR

¿Cuánto tiempo pasó tendido en la cama sin conciencia de sí mismo? Alegre habría jurado que un siglo. Marta, mirando el reloj, hubiera asegurado, con veinte minutos de dferencia, que diez horas.

Alegre soñó que estaba en el fondo del mar, en el palacio de las olas, entre pulpos y tiburones, como los que de oídas conocía. Despertó con todos sus miembros adoloridos y en su camita, arrinconada en el comedor de Ludovico. Debía ser de mañana: por la ventana abierta entraba a torrentes la luz de un día espléndido, y el aire puro. de martillazos, crujidos chapoteos, ruidos de poleas, golpes de hachas gritos, rumores de pueblo despierto y laborioso.

Entraba además un deseo de vivir para ver aquello y aumentar la algazara.

Colábanse también algunos rayitos de sol.

Por lo demás en el cuarto no había nadie. Nadie a excepción de Alegre, que entre gozoso y avergonzado, mostraba su carita sobre las almohadas. Mejor para él: se acordaba perfectamente de todo lo del siglo pasado, según su cronología, y del día anterior, según la de Marta, y hu-

biera tenido vergüenza de que alguien hubiese estado allí.

Sentíase fuerte y sano, un poco descoyuntado; sólo deseaba abandonar aquel lecho había dormido cien años de un tirón, tomar su desayuno y largarse al muelle para dar un paseíto en la **Gaviota.**

¡Ah, la **Gaviota!** ¡Pobrecilla! ¡Verdad que se había hecho añicos en aquel horrible peñasco!

En fin de cuentas, quería levantarse para irse al campo, para estirar las piernas, para verse vivo, pero vivo de veras, ya que en aquella noche tan lejana había resucitado, sin morir, más de cien veces. Además, sentía—esto era un secreto,—sentía un no sé qué, un hormigueo en el pecho, hacia el lado izquierdo.

—¡**Flor del aire!**—murmuraba el chico, escondiendo la cabeza entre las mantas para oír él solo aquel nombre sibilino, llave de todos los tesoros de su corazón.—¡**Flor del aire!**

¡Qué ganas tenía el grumete de ver a la chiquilla, cuyos caprichos le habían costado caro, como no suelen costar los caprichos de la gente menuda!

Quería verla, quería hablarla, quería oírla.

Tenía que levantarse. Fué a rrojar las mantas, pero una mano lo contuvo.

—Quieto, Alegrito; pronto despiertas. Si pareces un pájaro; ¿qué tal te, hallas

Era la buena madre Marta, que mientras le

mo el islote; mil veces había encontrado entre aquel laberinto de peñascos un sendero para trepar a la cima. ¿Por qué no había de encontrarlo ahora.

Vivísima esperanza se apoderó de él; recordaba, orientándose mentalmente, que del lado Sur del Peñón donde habían encallado, un sendero serpenteaba por toda la base del islote, llegando hasta un boquete gracias al cual podían trasponer el murallón que le cerraba el paso, y llegar a la cima o a la playa de arena que quedaba al Norte.

Sí, huir era la salvación o la muerte; quedarse era la muerte sin alternativas.

—¡Ay! Quizás era demasiado tarde; un golpe de agua cayó sobre él; era agua de mar, amarga, amarga como su pena; después cayó otro, y después un tercero; las olas llegaban ya al refugio que el grumete había escogido para su tesoro. Abrazó a la niña, que abrió los ojos, asustada; se la echó sobre el hombro, y empezó a subir su calvario.

En aquel momento, Alegre tenía más fuerza que el tío Jorge.

cente niña sabía únicamente que tenía frío, y pedía a Alegre que la abrigara.

Alegre, de pie, con los brazos extendidos como para conjurar la marejada, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba a la sulfúrea luz de los relámpagos aquellos monstruos obscuros, de desgreñadas melenas blancuzcas, que con sordo chapoteo iban engulléndose las primeras trincheras del islote.

Llegaban en escuadrones y retrocedían para avanzar de nuevo y volver a retroceder, pero ganando un paso en cada embestida.

Y alegre los miraba acercarse, atontado por la indiscutible certidumbre de la muerte inevitable. No podía huir; por un lado el mar, que lo acosaba, cerrábale el paso; por el otro se levantaba inmóvil, insensible, cruel, el rudo murallón del picacho tallado a pico, que sólo las gaviotas podían escalar.

¡Cuánto había amado al Peñón en sus sueños robinsonescos y cuán ingrato el Peñón era con él!; lo entregaba cobardemente a la mar, que lo buscaba; si el niño quería huir, le cortaba la retirada poniéndosele por delante: "Aquí estoy, de aquí no pasarás, soy aliado del mar y te odio".

Y las olas seguían acercándose: una cayó sobre Alegre completamente; la impresión del agua fría le sacó de su marasmo.

—¿Por qué aguardar la muerte estúpidamente? ¿Por qué no intentar la huída siquiera para bregar hasta lo último? El conocía palmo a pal-

hablaba mullía las almohadas y le acariciaba las mejillas.

—Estoy bien, sano de todo—respondió;—quisiera levantarme.

—Sí, sí, ya te levantarás, aún es muy temprano; debes dormir otro poco, tienes que estar rendido, aunque no lo sientas, porque después de lo de **anoche**, que.... vamos....

Alegre no tuvo tiempo de pensar en ese **anoche** que desbarataba toda su cronología, porque la sangre le quemó el rostro y sólo pudo pensar en la cara de angustia y de vergüenza que tendría en ese instante, oyendo aquellas mansas palabras de Marta.

Una carota que asomó por la ventana, una carota tosca, ruda, franca y hermosa, porque tenía de todo, salvó la situación de Alegre, sin mejorarla.

Era el tío Jorge, que entró como un huracán, más feliz que un Sábado de Gloria, gruñendo, refunfuñando y echando trombas, que daba miedo.

Alegre tembló bajo las sábanas. ¡Este sí que que no se guardaba las palabras en el buche!

—¡Tromba, chiquillo, tromba! Buenos días; me alegro de verte vivo, que es mucho; ¡pues no ha sido calaverada la tuya! A medio jeme estuvimos tú, y yo, y la chiquilla y Toño de averiguar a qué sabe el fondo del mar.

—¿Toño? —preguntó Alegre tranquilizándose: en aquel tío Jorge más era el ruido que las nueces.

—Sí, Toño o Antonio, que ha tenido más arboladura para el mar que una fragata.

—¿Sí? ¿Pues qué ha hecho?

—Poca cosa; lo que no se atrevió a hacer ninguno de esos marinerotes con más barbas que un chivo; casi nada: acompañarme para ir a buscaros, ¡tromba! ayudarme en la maniobra, ¡retromba! a bordo de una cáscara de nuez que bailaba sobre las olas de un modo espantoso; porque eso sí, ¡truenos y relámpagos! elegísteis un día que sólo porque Dios es grande y porque El hizo la mitad, hemos podido, no ya salvaros a vosotros, sino salvarnos nosotros mismos. ¡Tromba con las aventuras que me habéis hecho correr! Como no sea ésta la última, ya podéis olvidaros del tío Jorge, que el chapuzón que anoche me di por sacaros del agua no me lo daré otra vez, seguro; y gracias que Tell os sostenía; tú ya estabas tragando agua, y lo que es tu compañera.....vamos, la chiquilla tenía más de muerta que de viva.

Alegre no fue dueño de enfrenar la lengua.

—¿Y ella? —preguntó cerrando los ojos para no ver la sonrisa de Marta,—¿se salvó?

—¡Claro que se salvó! Antes me hubiera ido yo a fondo que dejar a ninguno de vosotros en el agua, ¡tromba!

Y el tío Jorge lo decía así, con toda llaneza, sin fanfarronería, como quien habla de darse un baño. Era la cosa más natural del mundo el dejarse comer por los peces, todo por salvar a un

El por toda respuesta le cerró la boquita con un beso.

—Quisiera ver a mamá...

El no respondió; ¿qué podía decir el pobre grumete?

El viento había cambiado de dirección, arrastrando la lluvia hacia el otro lado. La roca bajo la cual se guarecían los niños, invadida por las rachas, dejó de ser un abrigo.

Alegre vio que su amiguita lloraba de frío y el nada podía hacer; la había abrigado con parte de sus ropas, y él también empezaba a tiritar.

—Alegre, tengo frío.....

El muchacho lloraba: la chiquilla confiaba en él: ¡y el podía tan poco!... ¿Por qué era un niño cuando se necesita ser un hombre?

Mas eso no era nada, comparado con la angustia que se apoderó de él al sentir que un golpe de agua dejaba en sus labios un dejo salobre.

Esa ya no era la lluvia, era la marea que iba escalando las rocas del acantilado; era la mar que tomaba por asalto el Peñón, que llegaba ya al hueco en que se habían refugiado, que iba a buscar las víctimas para engullírselas...

Alegre tembló de espanto. Aquellos ingratos peñascales no ofrecían refugio posible: era la muerte inevitable; la muerte, siniestra, obscura y fría.

Tell también había adivinado el peligro y aullaba lastimeramente.

Sólo Margarita no lo comprendía. La ino-

—¡Ah, Alegre!—exclamó ella.—Alegre, ¿tú aquí? ¿Qué es esto? —quiso incorporarse.—¡Ay, Alegre!—gimió— no puedo moverme. ¿Dónde estoy? Dime, ¿dónde estamos?

El muchacho iba a contestar, pero el estampido de un trueno horroroso le cortó la palabra.

La chiquilla quedóse trémula de espanto. El muchacho se inclinó sobre ella.

—Margarita, ¿tienes miedo?

—¡Oh, sí, mucho miedo!—respondió la infeliz enlazando con sus rígidos bracitos la cabeza de su amigo. —Tengo miedo. ¿Dónde estamos?

—En el "Peñón de las gaviotas".

La niña rompió a llorar convulsivamente. De golpe aquel nombre había evocado en su memoria toda la escena de la tarde.

Recordó que jugaban en el parque, que a ella se le ocurrió ir al mar, que los cogió una tormenta; vióse de nuevo en la **Gaviota**, zarandeada por las olas; vióla después hacerse trizas en las rocas del peñón, mientras ellos, abrazados, se hundían en un pozo negro, muy negro. Ella sintió que se ahogaba, quiso respirar, y una agua amarga como agua de jabón le llenó la boca. No recordaba más.

—¡Alegre!—dijo temblando,—me voy a morir, ¿verdad?

—No, no, yo estoy aquí contigo; me moriría si te murieras tú ¿sabes?

—No, tú no, yo sí, porque yo tengo la culpa, yo te hice venir. Alegre perdóname; ¿quieres?

par de chiquillos con quienes nada le iba ni le venía. ¡Tromba si era héroe el tío Jorge!

—La que no pude salvar fue la **Gaviota**. ¡Pobre barca! Allá andarán sus astillas golpeando los arrecifes del Peñón, si las olas no se las han llevado más lejos; gracias a que era fuerte como un trozo de hierro, no os tragó la mar antes de encallar; y ella ha sido la única víctima. ¡Tromba con la suerte miserable de la pobre!

Alegre habría vertido algunas lágrimas sobre el dolorido recuerdo de su **Gaviota**, si no lo hubiese atajado un alud que se precipitó en el cuarto y, pasando por encima de Marta y del tío Jorge, saltó a la cama del muchacho.

Era Tell, que no ambicionaba ni laureles ni elogios por lo que había hecho; se contentaba con las caricias que le prodigaba su amo a manos llenas y con los sabrosos huesos que en la cocina le regalaba Marta.

Su gloria no le quitaba el sueño: había dormido diez horas como un justo.

Después entró Toño, medio avergonzado. El tío Jorge, mareándole a elogios, le empujó hasta la cama de Alegre, que le abrazó con la veneración con que se abraza á un valiente. El era tan héroe como Tell.

El grumete estaba sobre ascuas; de él todo el mundo le hablaba, pero ¿y de ella? El tío Jorge al parecer, sabía poco o nada. Marta estaba en iguales condiciones.

Alegre estalló.

—Madre Marta, ¿puedo levantarme ya?

El caso era de pensarse. El tío Jorge examinó las rodillas, los pies, los brazos del niño por si había algo roto debajo de los paños de árnica que le habían aplicado; no había nada; todo se reducía a desolladuras más o menos dolorosas, pero sin gravedad.

El negrillo obtuvo el permiso. Bebióse una taza de leche humeante y saltó de la cama.

¡Madre de Dios! Tuvo que ahogar un grito de dolor para no alarmar a Marta: no había nada roto en su cuerpo, según el tío Jorge; según el propio Alegre, no había nada sano.

No pudo tenerse en pie y se sentó al borde del lecho; la vista se le turbaba; la habitación bailaba a la **cáscara rueda** en torno suyo.

Marta lo dejó solo. El negrillo se incorporó de nuevo, y de nuevo se volvió a sentar; estaba quebrantado, molido, descoyuntado, desollado, hecho harina, como si le hubieran pasado una locomotora con cien vagones por encima.

A la larga pudo vestirse y salió al campo, tambaleándose como si tuviera roto el espinazo.

Desentendióse de una cáfila de admiradores de doce años para abajo, y se acercó al muelle.

Sólo allí se convenció de que faltaba la **Gaviota**; el sitio que de costumbre ocupaba estaba vacío. Volvió a sentir los mismos deseos de llorar.

Y lloró. ¡Pobre **Gaviota!** Se había ido sin que su dueño le prodigara una última caricia, sin

diéndole el cansancio, creyó advertir que las palpitaciones del corazón se aceleraban.

No se había engañado. Margarita volvía a la vida, y con la vida de Margarita revivía su esperanza y revivían sus fuerzas exhaustas.

Quitóse la blusa y envolvió con ella los pies de la niña que iban entrando en calor.

Pronto un hálito vital corrió por aquellos miembros ateridos, volviéndolos más flexibles.

La reacción había comenzado: la chiquilla balbuceó una frase: Alegre esperó temblando aquella resurrección, y para apresurarla besó los ojos de su amiga. Los ojos se abrieron y el pecho se levantó en un sollozo.

—Margarita, —murmuró el muchacho a su oído.

La niña quedó inmóvil.

—Margarita, por Dios, háblame; **¡Flor del aire**.....!

Ella sacudió la cabecita; sus labios volvieron a moverse logrando articular borrosamente:

—Miss Fulton.....

—¡Ahora sí que vive!—exclamó el muchacho loco de regocijo.—Margarita, habla, háblame de nuevo.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está miss Fulton?—murmuró ella.

—Miss Fulton no está aquí; pero estoy yo, Margarita.

— Y tú, quién eres?

—¡Ay! ¡No me conoces! Alegre...

Alegre, en la escuela de Marta, había aprendido algunas nociones de medicina casera, que no olvidó en aquella ocasión.

Enjugó los vestidos empapados de la chiquilla, y comenzó con rápidas y vigorosas fricciones a volver a la vida aquel aterido cuerpo.

Largo rato empleó en tarea tan delicada. El había entrado ya en calor, apenas sentía las magulladuras. Mas ella, a despecho de sus desesperadas fricciones, permanecía inmóvil y yerta. Aunque las puntas de las rocas no la habían herido, más débil que el muchacho, la emoción, los zarandeos de las olas, la larga sumersión en las aguas y el frío de la noche la habían aletargado.

El descorazonamiento volvía a ahogar la alegría del grumete. Impotente para reanimar a la niña, lloraba, gemía, gritaba, llamándola con los nombres más dulces; la besaba en la frente, en los ojos en la boquita; estrechábala contra su pecho, que ardía, aquellas manecitas inertes, aquellos piecesitos helados.

La pobre niña realizó sū sueño dorado: andar descalza como su amigo; y allí estaba con los pies desnudos y lastimados por las asperezas.

El infortunado Alegre interrogaba a cada instante el corazón de la chiquilla, ese corazón que tanto lo quería, y que parecía pronto a quedar inmóvil cual péndulo de un reloj cuya cuerda se acaba.

Después de largo rato y cuando ya iba inva-

que besara sus bordas flamantes. Desde que vió a Margarita se olvidó de la **Gaviota**, la **Gaviota** no se olvidó de él; tuvo celos y contó sus desventuras al río: el río contóselas al mar, y la mar quiso vengar a su hija llevándose a la rival y al amado; pero la **Gaviota** no se vengó y murió salvando a su dueño. ¡Pobre **Gaviota**! Ni un remo quedaba de la dulce compañera de Alegre, en otros tiempos, cuando el corazón de Alegre era todo para ella. Sobre su tumba ignorada pasarían centenares de olas, lamiendo sus astillados restos y modulando su eterno **requiem**.

El grumete miró hacia el mar con los ojos llenos de lágrimas; parecióle ver a lo lejos la fugitiva silueta de su **Gaviota**; se iba para siempre a devorar sus celos en la mar, porque en la mar las amarguras del mundo son dulces.

—¡Adios, **Gaviota**!,—exclamó saludándola con el pañuelo: y añadió como si hubiera leído las páginas en blanco de su historia: ¡Adiós, **Gaviota**, espérame!

Ahora que no tenía bote y quería pasar el río para averiguar algo de su amiguita, estaba perplejo: no había más remedio que aprovecharse de cualquiera de las canoas o botes que estaban amarrados al muelle. Entre todas se destacaba la **Bella** Italia como la más hermosa y la más grande; aun no había vuelto de Necochea la escuadrilla que partiera la víspera. A popa, como un gracioso apéndice estaba amarrada la **Pequeña**, del

tío Jorge: era la que más le convenía para pasar el río.

Alegre miró si alguien lo espiaba: estaba solo. Los chicos jugaban en la playa del mar: no lo verían. Acercóse e iba a saltar, cuando alguien le detuvo por la blusa. Volvióse confuso y se ncontró cara a cara con el tío Jorge.

—¡Tromba!, —gruñó el pescador.—Si no me engaño, querías largarte en mi **Pequeña** Dios sabe dónde, ¿eh?-¿Es o no cierto?

Alegre, cerrando los ojos con ese modo encantador que tenía cuando se avergonzaba, balbuceó algunas palabras de disculpa. En el fondo, estaba más que avergonzado, furioso con aquella sempiterna tromba que venía a desbaratar sus planes.

Pero en el adusto semblante del marino había un malicioso pliegue que le fruncía de la comisura de los párpados y daba suavidad a aquella bronca fisonomía. El buen viejo estaba husmeando algo y sonreía....

—Alegre, Alegrito —dijo palmeando al chico, —no te asustes, no pienso comerte ¡tromba!; pero mira, le diré a madre Marta que estabas por escaparte de nuevo.

—"¡Truenos y relámpagos!" pensó el grumete, el desagradecido grumete. Precisamente la pobre mujer habíale recomendado tanto que no se fuera a ninguna parte sin pedir permiso.....

—No, no se lo diga usted —suplicó.—¡Si no iba a hacer nada!

vó a su amo, y éste salvó a la niña por tenerla asida. Mas con los tirones bruscos del perro, la chiquilla se desprendió de los brazos de Alegre y allá quedó tendida detrás de las primeras rocas, recibiendo la lluvia del cielo y las saladas espumas del mar.

Pasados los primeros transportes jubilosos, sorda angustia volvió a oprimir el corazón de Alegre. Su amiguita vivía, sí; pero estaba yerta, insensible, rígida. Era necesario volverla a la vida más consciente; hacer que la sangre circulara, para que el corazón, que latía apenas, volviera a regir la descompuesta máquina de aquel cuerpo delicado.

La lluvia caía fina y penetrante.

Alegre, cuyas fuerzas despertaban, emprendió la tarea de buscar en aquellas tinieblas y en aquel revuelto peñascal una concavidad donde guarecer a su amiguita.

Empero, aquellas rocas, cortadas casi a plomo, no ofrecían refugio alguno. Alegre se descorazonaba.

Tras larga busca, tanteando en la obscuridad, chocando contra las piedras, lastimándose, pudo encontrar una roca, que proyectada hacia afuera ofrecía un abrigo, harto mezquino en verdad, pero que pareció excelente al muchacho.

Cargó como pudo con el inanimado cuerpo de su amiguita, y emparejando el suelo con arenas y juncos, recostóla bajo el brazo protector del peñasco: al menos allí la lluvia no la molestaba.

Hay una Providencia especial para los niños, la cual detiene en servicio de ellos, mil veces cada día, las leyes naturales. Esa Providencia cuidaba de Alegre y de su amiguita.

El primer choque contra el "Peñón de las gaviotas" lo soportó el bote, y los dos inocentes náufragos, perdido el apoyo que los sostenía, se hundieron abrazados en un abismo sin escollos, en el preciso momento en que la ola, retirándose como si tomara aliento para una nueva embestida, dejaba en seco la arena de la costa.

Cuando los niños, perdido el conocimiento, volvieron a la superficie, Tell, con ese instinto natural de los de su raza, emprendió su salvamento.

Pero era necesario obrar pronto, ya que el mar estaba en momentánea calma; nadando vigorosamente, el perro asió de las ropas a los niños abrazados, y arrastrándolos dejólos en seco.

La ola volvía mugiendo a invadir de nuepo la costa. Tell adivinó el peligro, y haciendo esfuerzo prodigioso, logró salvar con su carga una línea de farallones a la que no alcanzaba la ola todavía.

Aun no estaba satisfecho de su tarea. Empleando sus últimas fuerzas, logró arrastrar a su amo más adentro, hasta que rendido, seguro ya de que la mar no lo alcanzaría, echóse al lado, como para darle parte de su calor si aun no había muerto, o para morir a su lado si no iba a lévantarse más.

Tell no se había fijado en Margarita. El sal-

—¿Eh? ¿Cómo es eso? ¿Conque nada? ¡Si habrá rapaz!.... ¿Entonces crees tú que yo no tengo ojos? ¡tromba! ¿que soy un topo? ¡retromba! Estabas por largarte en mi bote, tan cierto como que hay Dios; intentabas otra calaverada, y todavía quieres engañarme como a un bobo.

Esta vez Alegre no se enojó; estaba asustado de veras. El marino calló; había hablado con más brusquedad de lo que solía: en los hermosos ojos del muchacho temblaba una lágrima....

—"¡Ya lo hice llorar!—dijo para su coleto.—¡tromba, con el bruto del tiburón que sólo sirve para hacer llorar!"

Y añadió con la voz más dulce que un caramelo:

—Vamos, Alegre mío, no me creas: no creas que vaya a decirle nada a madre Marta. ¡Si no has hecho nada! ¿Querías pasar el río, verdad?

Alegre asintió con la cabeza.

—Bueno, yo te pasaré, aun no podrías remar; pero te llevaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me digas a qué ibas.

Y el tío Jorge lo miraba tan maliciosamente, que el negrillo sintió que la sangre le quemaba el rostro.

—A nada...—murmuró.

—¿Cómo a nada? ¿Quiers tú que vuelva a empezar? ¡Sí me habrás creído un tonto, tromba! O me lo dices, o le digo yo algo a madre Marta.

Alegre no ganaba para sustos con el tío Jorge.

—¿No es verdad que ibas a la quinta?

—Sí.

—¿A saber de Margarita?

El muchacho cerró los ojos.

—Bueno, ahora te pasaré; pero me vas a decir otra cosa, cuando estemos en medio del río.

El tío Jorge saltó al bote, seguido del muchacho; desató la amarra e hincando un remo en tierra, hizo que la **Pequeña** se apartara de la orilla balanceándose. Era muy parecida a la **Gaviota**.

—Ahora me lo dirás; ven, siéntate aquí, a mi lado. ¿Tienes muchas ganas de saber de la chiquilla? ¿Sí? ¿Y de dónde tanto interés?

Alegre no respondió. El marino, tomándolo suavemente de la barbilla, le murmuró al oído:

—¿La quieres mucho?

El niño cerró los ojos.

—Sí, respondió.

—¿Y ella a tí?

—Yo no sé.....

—¿De veras? Me parece que sí lo sabes. Bien, bien, ¿Has visto que no te iba a comer? Además, ya lo sabía.

—¿Lo sabía usted?

—¡Cómo no! ¿Habrías corrido la de ayer si no hubiera sido por ella?

—¿Y no se lo ha dicho a nadie?

—No, a nadie, chiquillo; yo me guardo los secretos en la bodega; y allí se pudren como no los saque el dueño; y tú eres el dueño de éste.

En la otra orilla, el tío Jorge tomó de la ma-

El muchacho, cuyas fuerzas renacieron con la necesidad, abrazó a su amiguita, y despacio, muy despacio, caminando de rodillas, desgarrándoselas en la aspereza de las rocas y procurando librar su preciosa carga de tan crueles caricias, fué a rastras hacia arriba cuanto pudo, hasta que dió con la peña. Llegó rendido.

Tell se había echado. Reclinó a la niña sobre él, y sosteniendo la blonda cabecita con las manos, clavó sus ojos en ella.

Un relámpago iluminó un instante su palidez cadavérica.

—¡Margarita!—gimió el acongojado niño.—Desde el cielo, donde estás, pide a Dios que me lleve; no quiero vivir sin ti.

Estrechó contra su pecho aquella cabecita adorada y posó sus labios en la entreabierta boquita de la chiquilla.

Esto le causó la impresión de una chispa eléctrica; le había parecido sentir un soplo débil que se escapaba a través de los labios de la niña; ¿era ilusión o respiraba?

Medio desprendió la desgarrada bata y sobre el corpiño apoyó la oreja: escuchó unos instantes.

—¡Vive! — exclamó al sentir los latidos del corazón de su amiguita.—¡Vive!—repetía loco de contento, abrazándola nuevamente con alegría sin límites. ¡Gracias, Dios mío, gracias, porque Margarita vive, porque vive mi **Flor del aire**!

Sí, la pobre niña vivía aún; pero su vida pendía de un hilo.

iba á morir sin el consuelo de besar por última vez la frente de la chiquilla muerta.

No tenía fuerzas ni para llorar; los sollozos eran una contracción del pecho, dolorosa como el hipo de la muerte. Buscó a tientas a Tell, pero Tell había desaparecido. ¿Iría a morir tan solo?

Tan solo, no; Tell se había apartado pocos pasos y ladraba; al principio Alegre no supo distinguir sus ladridos de los rumores que poblaban la noche. Después los percibió claramente.

Alegre alzó la cabeza; el perro había cesado de ladrar y venía en busca de su amo; ¿que quería decirle con aquellos estregones que le daba, escapándose después para seguir ladrando?

—¡Me llama!—pensó Alegre.—Hay algo allí. ¿Si será Margarita?

Este pensamiento devolvióle parte de su energía; se incorporó y, guiándose por los ladridos de Tell, fué arrastrándose hacia el mar.

Tell lo aguardaba, Tell que gemía junto a un cuerpo distinto de las rocas: era Margarita.

El muchacho, con triste alegría, se arrojó sobre ella; sus ropas estaban empapadas por la lluvia que caia lenta y fría, y por las olas.

Tocó las heladas mejillas de la niña, los mojados cabellos, los ojos cerrados, la boquita entreabierta....

—¡Ah, yo moriré también, **Flor del aire**!—murmuróle al oído.

Pero era necesario sacarla de aquel lugar, fácilmente accesible a las olas.

no a Alegre y se metió con él a través del parque, como en tierra conquistada.

Alegre, que no las llevaba todas consigo, por lo que pudiera tronar miss Fulton, regocijóse de aquella compañía.

Atravesaron todo el parque sin hallar a nadie; cruzaron uno de los patios, y sólo cuando llegaron al pié de la gran escalera de mármol encontráronse con el hijo del jardinero.

—¡Hombre! —díjole el tío Jorge.—No parece sino que aquí no hubiera alma viviente. tan solo está esto; gracias a Dios que al fin se ve gente.

—Buenos dias, tío Jorge,—respondió el joven al exabrupto del marino.

—Muy buenos. Y a todo esto, ¿qué dice la inglesa?

—¡Qué ha de decir! Gruñir en su lengua cuando aseguramos que usted es un héroe.

—Y tiene razón; ¡qué he de serlo!

—Sin embargo....

—¡Psh! Lo que hice yo, cualquiera lo hubiera hecho.

—Sí: pero no halló quien lo acompañara entre los grandes.

—¡Claro! Porque nadie quiere a Alegre como yo, ¿verdad, chico? Y como allí no había que ganar.... ¡tromba! Nada, nada, habladurías muchacho; por eso me gustan los ingleses, callados como unas carpas. En fin al grano. ¿Y la niña cómo está la niña?

—De cierto, de cierto no lo sé; pero no creo que esté mal del todo.

¡Ay! ¿Y así, con esa cachaza lo decía? Alegre temblaba de impaciencia.

Una criada apareció en ese momento en el vestíbulo. Era Clara, una muchacha conocida del tío Jorge.

—¡Eh! ¡Clara!

—Tío Jorge, mande.

—Tú debes estar enterada. ¿Qué tal va la niña?

—Regular; hoy mejor que anoche; tenía fiebre, deliraba.....

—¿Sí? El remojón, sin duda....

—Sí, el remojón y el susto, y uno que otro golpe.

El viejo marino se puso al pairo; por último, abordó de frente.

—¿Y no podríamos verla, digo, yo y Alegre?

—¡Ah! ¿Conque es Alegre este chico?— exclamó Clara mirando al niño.—Mire, a decir verdad, si la niña lo viera se curaba; no hace más que hablar de él.......

El corazón del negrillo hacía ¡toc, toc, toc! con una fuerza que por poco se le saltaba de gozo, de pena, de impaciencia.....

—¿Y no podríamos verla?—se atrevió a decir.

—¡Imposible! Miss Fulton está que trina; si entraran se armaría una muy gorda. Y me voy, tío Jorge, que mandan de apuro. Ya les diré si hay algo: descuiden.

tarse: su amiguita, su tesoro, ¿dónde estaría? Recordaba que cuando la ola los cubrió, él se abrazó a la niña para morir al lado suyo, ya que así lo quería Dios. Recordaba que con ella se hundió en un abismo profundo y negro, y ahora él se sentía vivo, si no era la tumba aquel antro horrible donde estaba. ¿Y ella? ¿Qué había sido de ella?

Hizo un esfuerzo sobrehumano, y gimiendo de dolor a cada movimiento de sus mallugados miembros, logró ponerse de rodillas.

No quería vivir si **Flor del aire** había muerto; iría a buscar su cuerpo para morir junto a ella; ya no tenia fuerzas, ya ni vida tenía.

Viva o muerta, Margarita no debía de estar lejos; abrazados se habían hundido, abrazados debieron de haber sido arrojados por las olas a la orilla.

Trabajosamente dió algunos pasos a gatas, pero tuvo que detenerse; su cabeza había chocado contra un murallón de piedra.

Con el corazón henchido de negra desesperación, empezó a desandar lo andado.

Arrastrándose por el rocoso pavimento, anduvo un rato; de pronto sus manos, con las que tentaba en la obscuridad, chocaron con otra roca.

¡Inútil, inútil! ¿Para qué afanarse? ¿No era mejor morir tranquilo? Ya su amiguita estaría en el cielo esperándolo.

Alegre se dejó aplastar por la desesperación;

hagan a un lado todos los prejuicios, como lo hibo Lenine en cierta ocasión al exigir que se echaran fuera los trapos sucios del socialismo. La Vida Económica, en su número correspondiente al 25 de julio de 1919, estampa la siguiente excusa: "El centro de gravedad de nuestra política sovietista debe hallarse en la introducción del sistema de primas."

En el entusiasmo de la discusión, Economía Nacional confesó que una docena de factorias son mejores que centenares de planes, mientras Isvestia afirmó que lo que importa al Estado no es a quien pertenecen las fábricas, sino cuanto producen, agregando que el proletariado se preocupa sólo por sus propios intereses y no puede abrigar móviles inspiradores para elevar la productibilidad del trabajo, que es tarea que coresponde al Estado.

De esto deduce Isvestia que en vez de cuidarse de la producción, el gobierno del Soviet está siguiendo un camino errado. Nos informa que una planta es tan importante como un frente militar. La misma disciplina y las mismas órdenes contra las cuales no hay apelación se necesitan aquí, aun por medio de sacrificios semejantes a los que son indispensables en el frente militar.

No nos hemos contentado con dar únicamente el extracto de lo que hemos citado, sino que tampoco hemos exagerado las expresiones tal como son en sí. No en vano ha fracasado en sorprender la impudicia de los bolshevistas aun a los mismos que se hallan bajo su régimen, pues todos los días los partidarios de Lenine se afanan en establecer un nuevo recórd.

Y es por eso que los bolshevistas han dado vuelta a las cosas". Rusia, escribe Economía Nacional, vivió de sus reservas, destruyéndolas y distribuyéndolas gradualmente entre los habitantes sin tener ninguna perspectiva para aumentar y mejorar el trabajo, y esto no es posible que continúe más tiempo." Mientras el comercio era nacionalizado, a los bolshevistas les quedaba todo para llegar al libre desarrollo de las circunstancias, como lo indica el mencionado periódico. Y cuando todas las reservas se agotaron, después de haber sido destruídas hasta en su base misma, el centro de gravedad como nos dicen los bolshevistas, debe volver al sistema cuya abolición constituyó el lema principal de la propaganda socialista. Tras llevar al país al borde de la destrucción, y de lanzarlo al abismo, los Jefes sovietistas francamente elevaron el grito de encomendar las cosas a los fuertes, grito que produjo la indignación en las filas de la burguesía.

Los resultados de la nacionalización de la industria. Aquí también nos limitaremos a los informes sacados de las más elevadas fuentes bolshevistas. El Isvestia de Moscovia declara que

la cuestión del libre cambio en la famosa Plaza Suchareff estaba asumiendo un carácter sumamente peligroso para el sistema bolshevista. Un colaborador de Isvestia conferenció con uno de los leaders en la materia, quien le manifestó ideas curiosas y le citó hechos sumamente interesantes.

El Sucharevka, órgano que se dice representante del comisariado de alimentos, se ríe francamente del gobierno sovietista, y entre otras cosas dice: "Escupo la política económica del Soviet; escupo sus decretos." Y en realidad que el Sucharevka no da atención a dichos decretos. A pesar de las incursiones constantes de las requisas, así como también de las amenazas y las penas impuestas, el libre cambio está floreciendo en el famoso mercado en grande escala. "Recientemente hemos descubierto una serie de transacciones relacionadas con crímenes oficiales. La más importante de éstas, se refiere a la venta de géneros secos por valor de diez y nueve millones de rublos; tres carros de azúcar y diez y siete carros de arenques por valor de quince millones de rublos, etc."

¿Pero de dónde han venido todas estas cosas en tan grandes cantidades? Podemos contestar de una manera definida: las mercaderias han venido por dos conductos; ambos merecen igual consideración. Primero, según las pruebas competentes del mencionado comisariado "muchos centros, factorias y talleres pagan los sueldos a sus obreros con el producto del trabajo en cantidades que exceden a sus necesidades personales, y así dicho producto pasa al mercado en la forma de artículos para especulación." Pero se nos ha dicho siempre que los oficiales y los obreros de la Rusia del Soviet, son en mayoría aplastantes comunistas, por consiguiente los mismos comunistas están echando al agua el sistema bolshevista, y, para usar la expresión del sátrapa partidario de Lenine, escupen los decretos y dan al famoso mercado que hemos mencionado, la oportunidad para reírse abiertamente del gobierno del Soviet.

Después viene la segunda causa, revelada por otro miembro del comisariado, quien dice: "Una de las principales fuentes de provisiones del Sucharevka, está en los almacenes sovietistas, en las fábricas y en los centros distribuidores, en los cuales ha logrado entrar el Sucharevka, gracias a las perspectivas crecientes de obtener granjerías fáciles que quedan impunes."

Aquí tenemos una perla preciosa en el sentido de caracterizar el régimen bolshevista, caracterización que aun el más apasionado y terco de los enemigos del comunismo no podría proporcionaros. Es una admisión de plano respecto a que es posible lucrar en la Sovdepia y quedar impune. La pregunta que en seguida se nos ocurre naturalmente es: ¿Quiénes son los compradores de la plaza Sucharevka? He aquí la respuesta: "Las mercaderías que llegan al Sucharevka se venden a tan altos precios que sólo las pueden ob-

tener los grandes.... los servidores de los Soviets. Caen en manos de lo que podríamos llamar nuestra burguesía sovietista contemporánea, quienes pueden pagar cuentas de millares de rublos."

Y, de acuerdo con estos hechos, el Sucharevka encuentra sus defensores, algunos de alta autoridad. Sgún el mismo comisario Zurupa, "tenemos entre nuestros más respetables camaradas algunos que reconocen en el Sucharevka un fenómeno natural, que llena ciertos espacios en blanco de nuestro sistema de alimentación." Todo esto es muy claro e instructivo, pues a pesar del deseo irresistibie de echar la culpa al sabotage de la industria de la burguesía, no vemos ni siquiera una mención de ello. Todo el proceso tiene su desarrollo dentro del mismo sistema comunista, entre cuyos partidarios encontramos que, bajo amenaza de huelga, exigen y reciben raciones de alimentos aumentadas para especular con cierta parte de ellas, mientras otros recurren al robo manifiesto.

De esta manera la bancarrota del bolshevismo, no solamente es práctica sino que está admitida en principio por los mismos prosélitos.

Día a día los bolshevistas atacan "a sus camaradas", que son los socialistas, con todo el poder de sus palabras, llamándolos traidores y sosteniendo que el proletariado no tiene peores enemigos que ellos. Se creería que los socialistas se valieran de esta imputación para afirmar que nada tienen de común con los bandidos; pero en vez de eso, los socialistas se arrastran a los pies de los bolshevistas, defendiéndolos en todo sentido posible, y proclamando que la causa de Lenine es la suya. Respecto a esto no tenemos más que repetir aquel aforismo conocido de los romanos: Al que Júpiter destruye, primero lo hace loco.

J. V. HESSEN.

UNA INTERESANTE ENTREVISTA CON EL MARISCAL FOCH

Un corresponsal inglés le preguntó al Mariscal Foch el otro día en París: "¿Cuándo supisteis que habían ganado la victoria final?" La contestación que dio el Comandante Smo. de los ejércitos aliados, tal como se halla publicada en el Daily Mail de Londres, comienza con una declaración reposada de los hechos y concluye con un golpe dramático. Se revela en el científico militar de modales humildes, una rica vena de arrojo y de emocionalismo netamente francés, de los cuales el mundo tuvo la primera idea cuando el Mariscal se declaró en favor de las grandes anexiones en Alemania de parte de Francia. He aquí la contestación a que hemos aludido:

"Después que el General Rawlinson y el General Debney efectuaron su ataque combinado el 8 de agosto; por consiguiente a fide agosto, yo no sabía entonces cuando cederían los alemanes, pero sí sabía que nuestro avance continuaría hasta que el enemigo estuviera completamente derrotado. Nuestra ofensiva se había vuelto general; comenzó el 18 de julio en el Marne con una lucha terrible. Los alemanes usaron cincuenta y cinco de las ciento ochenta o ciento noventa divisiones que tenían; sus reservas se habían agotado. Todo iba bien, cuando se presentó el ataque sobre el sector de Amiens el 8 de agosto, que dio buen resultado. Había llegado el momento oportuno, yo le ordené al General Humbert que atacara a su vez. No hay reservas me contestó; no importa, adelante. Le dije al Mariscal Haig que atacara también: tenía pocos hombres, pero eso no importaba: había que atacar. Allí nos tenéis avanzando en todas partes de toda la línea. **En avante! Hup!"**

Cuando el Mariscal concluyó de hablar se inclinó hacia adelante con el puño crispado moviéndolo de un lado al otro, como el jinete al concluir la carrera. Tal era el hombre, de quien muchos que lo han entrevistado han dicho que es un hombre taciturno, un estoico sin emociones: tal vez haya asumido un carácter de esta clase únicamente durante el período de la guerra, pues, según lo que dice el corresponsal del Mail, Mr. C. Ward Price está siempre presto a expresar sus opiniones y a argumentar con violencia respecto a ellas. He aquí la entrevista:

"Nuestra paz debe ser una paz de vencedores, no de vencidos."

"En esa frase vigorosa, pronunciada durante la larga conversación que tuve el privilegio

de sostener con el Mariscal Foch, éste expresó el sentimiento de corazones aliados. Sus sencillas palabras resumen todo lo que nosotros pensamos.

"La simplicidad es realmente la base del carácter de este hombre, cuyas obras lo han colocado entre las grandes figuras de la historia. Es sencillo en las cosas que lo rodean, sencillo en su persona, sencillo en su pensamiento; pero su sencillez es la del genio, el genio de la sencillez.

"El reunirse con el Mariscal Foch es como acercárse a un templo dórico; la impresión que causa es la de gran fuerza combinada con una ausencia de adorno, deliberado en su severidad Foch aborrece las cosas que no son esenciales; su pensamiento va de acuerdo con un programa; su conversación misma va tabulada; habla con frases cortas, pronunciadas en extracto. ¡Bon! exclama después de cada cláusula de su argumento; al concluir lo que tiene que decir sobre un tema, hace una especie de resumn, que si copiara textualmente, saldría exacto a las notas de una conferencia. Los hombres que se ocupan de grandes cosas se ven obligados a disciplinar sus pensamientos, de lo contrario los bosquejos esenciales quedarían sumergidos en un mar de detalles de inferior cuantía.

"Aun para Francia, Foch es una especie de misterio; se mostró muy poco a sus tropas; su deber no lo llamaba allí, y por ora parte no buscaba popularidad. La sencillez del hombre no favorece a la imaginación del público; su modestia lo aleja del intercambio social que se halla fuera de su obra.

"El cuartel general del Mariscal en París es tan simple que raya en la oscuridad; hay en los Inválidos, un digno alojamiento puesto que allí yacen las cenizas de Napoleón. Sin embargo vosotros no encontraríais ese cuartel general al entrar por la puerta mayor cruzando el ancho antepatio hacia el elevado arco y la cúpula dorada. En vez de ello, tenéis que tomar el camino de una calle colateral de los Inválidos, una calle tan vacía que se ha construído allí un establecimiento municipal de provisiones; siguiendo por ella, se llega a un zaguán abierto en una pared descolorida que parece conducir a la cuadra del establo.

"Sólo un centinela es el que está de guardia en la puerta por la cual se pasa a un salón sombrío, desprovisto de cuadros y afeado por el tiempo en un lapso de cien años. Más allá, en la segunda puerta de la izquierda, está el cuarto del Mariscal.

"Es un salón oblongo, estilo imperio anticuado. En un extremo se sienta el Mariscal ante un escritorio liso de caoba; por lo demás no existe otra cosa que una mesa cubierta de tapete gris con varios mapas encima.

"El Mariscal viste su sencillo uniforme azul, con siete estrellas de metal en las mangas. Vuelve a ocupar su asiento en su silla de bronce y saca del bolsillo una tabaquera forrada de seda azul y rojo, los colores del Cuerpo de Guardias, obsequio que le hizo un general inglés; y una pipa pequeña y recta, de negro lustroso por razón del uso. "Si no os molesto, tomaré la oportunidad de fumar una pipa mientras no escribo." dijo él. La conversación del Mariscal es tan enérgica, y de tal manera se entrega a la narración de su historia del último período de la guerra, que se pasó media hora —después de muchas interrumpidas tentativas —antes de que la pipa se llenara de nuevo y se encendiera."

"Primero habló de los últimos días de la lucha, explicando la posición final en que se encontraban los ejércitos alemanes. Su contestación a la solicitud en que Berlín pedía el armisticio, afirmando que él firmaría el armisticio, pero que nada lo detendría hasta llegar al Rhin, —fue cablegrafiada a los Estados Unidos poco tiempo después, pero goza de mucha importancia por estar relacionada con esta entrevista. Es de notarse que la alternativa a un armisticio, era atacar con veinte divisiones en Lorena el 14 de noviembre. "Yo hubiera tomado Metz", declara el Mariscal Foch, a lo cual un corresponsal americano sin duda alguna habría agregado: "con tropas de los Estados Unidos."

"La guerra es así", dijo de repente el Mariscal, agarrando un lápiz y un pliego de papel. "He aquí un plano inclinado; el ataque se parece a esta bola que rueda hacia abajo. Baja ganando velocidad, y aumentándola tanto y tanto que no es posible detenerla; si la paráis de una manera artificial perdéis la partida y tenéis que comenzar de nuevo.

"Yo sabía que nada me podía detener en mi victoria una vez que los alemanes habían aceptado la batalla final en el punto en que lo hicieron; sólo una cosa hubiera demorado la derrota del enemigo, a saber, que hubiesen llevado todas sus fuerzas que tenían atrás del Mosa. Esa hubiera sido una posición formidable; de haberlo hecho —bien, todavía estuviéramos allí; pero no lo podían hacer ¿Por qué? Porque habría sido una franca confesión de su derrota, y no osaban hacer frente al efecto moral que eso hubiera producido en su país."

El Mariscal continuó hablando acerca del armisticio.

"Cuando los alemanes vinieron a mí a pedirme un armisticio, les dije: "Yo voy al Rhin: si os oponéis, tanto peor para vosotros; pero ya sea que firméis un armisticio o no, no me detengo hasta llegar al Rhin." Ellos prefirieron firmar y el resultado fue que llegamos al Rhin más pronto que si lo hubiéramos hecho de otro modo. Lo principal era llegar allí."

"¿Qué hubiera sucedido si el armisticio no se hubiese firmado entonces?"

"Hubiera atacado el 20 de noviembre con veinte divisiones en Lorena, tomando Metz, que habrían evacuado los alemanes de hecho; pero tras ellos tenían la línea del Sarre, donde nos hubiéramos tenido que detener otra vez. El haber lanzado ese ataque habría significado una victoria más, mas he allí todo. y lo mismo hemos conseguido con el armisticio que lo hubiéramos ganado con la batalla."

Al contestar a la pregunta: "No hubiérais capturado grandes masas de soldados enemigos, si los alemanes hubiesen cedido cuando lo hicieron?" El Mariscal acabó para siempre con el espectro de esa especie propagada que nos dice que la firma del armisticio le privó de una gran oportunidad para imponer una debacle a Alemania.

"El Mariscal tomó su lápiz otra vez e hizo a la ligera el dibujo de una línea de batalla.

"Cuando se avanza en todo un frente de 250 millas como avanzábamos nosotros —contestó—, ejecutando grandes movimientos envolventes: cuando el adversario retrocede, volando puentes aquí, allá y acullá; cuando bloqua este camino, o el otro, o el de más allá; cuando cubre todas las líneas y los caminos de persecución con los materiales que abandona: el avance del ejército vencedor se vueve cada vez más difícil. No es posible avanzar lo suficiente para cogerlo; a costa de gran sacrificio de material, se escapa. He allí la guerra moderna; no es elegante, pero así es."

El Marisial Foch volvió a su idea, que había expresado con frecuencia y con tanta fuerza, que el Rhin es la frontera futura adecuada del Imperio Alemán, y continuó:

"Al legar al Rhin, teníamos que detenernos allí; figuraos la impresión que causaría a nuestros compatriotas: es nuestra única seguridad, y también la única de ellos. Es preciso que haya una barrera; necesitamos cerrar la puerta con doble llave; las democracias como las nuestras, que no son nunca agresivas, es preciso que tengan fuertes fronteras militares por naturaleza. Recordad que esos setenta millones de alemanes siempre serán

---

una amenaza para nosotros; no confiéis en las apariencias del momento; son un pueblo igualmente envidioso que guerrero; sus características ingénitas no han cambiado en cuatro años. De aquí a cincuenta años serán lo que hoy son.

"¿Qué salvó a los aliados al principio de la guerra? Rusia. Pues bien ¿de qué lado estará Rusia en el futuro? Con nosotros o con los alemanes? Os mostraré un mapa."

De la mesa que se hallaba en el otro extremo del cuarto el Mariscal Foch trajo un gran mapa, de seis a ocho piés cuadrados, en el cual se veían los rasgos topográficos naturales de esa parte de la Europa Occidental. El Rhin estaba representado por una gruesa línea azul; al Occidente del Río, el Mariscal había trazado con lápiz una curva que indicaba la nueva frontera que Francia recibiría de acuerdo con el tratado de paz. A las claras se comprendía que era una frontera política arbitraria que no estaba de acuerdo con la naturaleza del terreno.

"Mirad", dijo el Mariscal. "No hay obstáculo natural en toda esta frontera. ¿Es allí donde podremos sostener a los alemanes si nos atacan de nuevo? No. ¡Es aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!" Exclamó golpeando con el lápiz el Rhin azul.

"Aquí debemos estar listos para hacer frente a nuestros enemigos; esta es una barrera que será difícil pasar. Si los alemanes tratan de abrirse camino por el Rhn —¡Oh! Oh! Pero aquí"—dijo tocando la línea negra hecha con lápiz que corría al N. O. desde Lorena, pasando por el Valle del Sarre hasta llegar a la frontera belga— aquí no hay nada."

"¿Los ejércitos aliados? ¿Dónde estarán los ejércitos aliados? El ejército inglés estará en el Canadá, en Australia, en Nueva Zelandia. El ejército americano estará en los Estados Unidos. Lo mismo que pasó la última vez pasará la próxima. Si no nos es posible sostener el servicio obligatorio, necesitaréis tiempo para organizaros. En la primera batalla de Ypres, teníais seis divisiones —excelentes divisiones, pero.... seis. El primero de noviembre de 1914 encontré a Kitchener en Furnes; fue la primera vez que lo veía. Le pregunté cuando podía enviarnos refuerzos, y me contestó: "El primero de julio del año entrante tendremos un millón de hom-

bres listos para que entren en campaña en Francia." Respondíle que era mejor que fueran menos soldados pero más pronto. El contestó: "no tendréis más hasta entonces". Los aliados estuvieron a punto de ser aplastados.

"A la siguiente vez, recordad que los alemanes no cometerán error; pasarán por el Norte de Francia, y se apoderarán de los puertos del Canal, para que les sirvan de base en sus operaciones contra Inglaterra. No lo hicieron esta vez, porque no creyeron que Bretaña entraría en el conflicto; cuando vieron que sí y que intervendría en sus planes, éstos ya estaban trazados y no pudieron cambiarlos. Los alemanes no tendrán armas para otro ataque, decís acaso? ¡Oh! ¡Oh! ¿Cómo lo sabéis? Para el tiempo en que averigüeis que las han conseguido, ello será demasiado tarde.

"Si construís una casa en el campo, le ponéis chapa de doble llave a la puerta, y un muro alrededor del jardín. "Pero no hay ladrones aquí", dice alguien; mas vos preferís no confiar en ello. "Pero allí están los gendarmes"; mas estos pueden llegar demasiado tarde. No; si sois prudente insistís en que se ponga la chapa y en levantar el muro; así por tanto debemos tener nuestros ejércitos en el Rhin. Muchas personas se oponen diciendo que se necesitarían demasiados soldados para defender el Rhin; no tantos como los que se necesitarían para sostener una frontera política. El Rhin sólo puede ser cruzado en ciertos lugares, mientras que la nueva frontera política de Francia puede romperse en cualquier punto, y es preciso sostenerla con la fuerza en toda su longitud."

El Mariscal francés no cree en el genio militar en el sentido estricto de la inspiración. Una batalla no se convierte de derrota en victoria por un golpe de genio, sino mediante la completa y adecuada preparación para todas las contingencias.

"Una batalla es una operación complicada que se prepara de manera laboriosa; si el enemigo hace una cosa, vosotros decís yo haré tal otra. Si esto o aquello sucede, tales son las medidas que seguiré para contrarrestarlo. Pensáis de antemano en todo el curso posible, y os resolvéis a afrontar la situación creada. Que ocurre esto pues ponéis en operación vuestro plan pre-arreglado, y todos dicen "que genio el haber pensado en eso en un momento crítico", mientras el mérito realmente se debe a la labor de preparación hecha de antemano.

"Los alemanes nunca produjeron en esta guerra un general de la capacidad del primer Von Moltke de la guerra de 1870. Hubo tres Jefes sucesivos en el Estado Mayor, cada quien tenía su método definido. El Von Moltke que fue Jefe del Estado Mayor en 1914, se dedicó a la idea de flanquear: era su maniobra favorita, que lo condujo a violar la neutralidad de Bélgica para flanquear al ejército francés por el Norte. Trató de hacerlo otra vez en el Marne; luego empezó su ofensiva hacia el mar con batallar cuyo objeto constante era envolver nuestro flanco, pero en todo esto falló. Así desapareció Moltke y Falkenhayn. El método de Falkenhayn era el de anonadar primero todos los ejércitos pequeños de los aliados, haciendo a un lado Rusia, en aquellos lugares en que su éxito no era decisivo; empezó su campaña contra Servia, pero aunque invadió el país de nada le sirvió. Los grandes ejércitos aliados permanecían intactos; Rumania declaró la guerra y Falkenhayn resolvió aplastar a Rumania; lo logró pero no siguió más adelante.

"Su gobierno al fin lo sustituyó por Ludendorff y Hindenburg. El plan de Ludendorff era deshacerse de Rusia y luego arrojarse con toda su fuerza sobre los aliados de Occidente; escogió la revolución como medio para destruir a Rusia; pero aunque se sabe donde estalla la revolución, no es posible decir donde concluirá. Y la revolución de Ludendorff principió por minar a Rusia y concluyó en Alemania, contribuyendo a deshacerla. Usó medidas extremistas, y esas medidas se volvieron contra él.

"Lo mismo pasó con la campjaña de los submarinos".

"Destruiré la marina mercante de los aliados, y mataré a estos de hambre", se dijo.

"Pero ¿qué hay del peligro de que entren los Estados Unidos en la guerra?"

"No entrarán."

—"Pero y si entran"?

"Nunca podrán trasladar sus tropas a Europa."

"Tal era el razonamiento de Ludendorff, y fue por creer que únicamente la crueldad, no mitigada por ninguna otra consideración, era la que iba a ganar la guerra y los alemanes acabaron por perder. Fueron demasiado confiados; eran grandes organizadores. En esta guerra no tuvieron hombres de introspección ni de genio."

El Mariscal Foch es uno de los hombres que no cree que las guerras han cesado en el mundo; ni tampoco piensa que los nuevos inventos mecánicos cambiarán su naturaleza fundamental.

"Los preceptos y principios de la guerra son siempre los mismos. Nada importa si el soldado está de pié en campo raso o encerrado en un tanque; los principios conforme a los cuales debe luchar son inalterables; el desarrollo del arte de la guerra es como el arte de la arquitectura; los materiales que se usan para los edificios pueden cambiar es posible que sea madera, piedra o acero; pero el principio estático sobre el que descansa la casa, es el mismo."

procedió a dar una demostración de su manera especial de hacer negocio.

"Ordenó que Luis compareciera ante él, ordenó que le pusieran un dogal al cuello, levantándolo suavemente hasta que quedara sobre las puntas de los pies. La tortura se repitió hasta que Luis hizo señas de que revelaría el lugar secreto donde su padre guardaba el dinero.

"El odio que tenía Villa al viejo Terrazas y a su familia era terrible; no contento con los tesoros de Chihuahua, envió un mensaje al ex-millonario en la frontera, diciéndole que salvo el pago de un rescate de quinientos mil pesos entregados en el plazo de 5 días, Luis sería llevado al Sur con Villa, lo cual significaba muerte para aquél.

"El viejo Terrazas, pocos momentos antes, había tenido un capital de cuarenta millones de pesos; ahora, cuando su hijo se hallaba prisionero, no podía poner en sus manos la suma de doscientos cincuenta mil pesos oro. Hizo patéticos esfeurzos para recoger la suma, logrando que se prorrogara el tiempo para ver si conseguía el auxilio de las autoridades de los Estados Unidos.

"Tengo 82 años de edad, decía el General Terrazas, y el dinero no significa ya nada para mí; pueden llevarse hasta el último centavo, siempre que le perdonen la vida a mi hijo y a sus hijos. "Luis el más joven, tenía trece hijos."

"¿Cuál fue la contestación de Villa?" Hela aquí:

"Si los científicos tuvieron a Pancho Villa prisionero en las mismas circunstancias ¿créis acaso que lo encerrarían en un palacio y lo tratarían con la consideración que he mostrado a don Luis? NO; la cabeza de Pancho Villa se habría colocado en la pica y la habrían paseado por toda la ciudad. La familia Terrazas ha acumulado su gran riqueza por medio de la opresión del pueblo y ahora el pueblo pide la reparación.

"Pero el hijo de Terrazas se dio maña para escapar, sólo para morir poco después víctima de una enfermedad ocasionada por los sufrimientos que había experimentado cuando se hallaba cautivo. El anciano padre sufrió un gran dolor, y ha llevado el peso de la vendetta contra Villa desde entonces."

Terrazas nunca ha abandonado su lucha por restaurar sus tierras, que al fin quedaron en posesión del Gobierno Mejicano, que las ha usado para establecer en ellas colonias de mejicanos pobres. Todo su tiempo lo ocupa entre llevar a cabo esta lucha y en sostener sus esfuerzos por lograr la caída de Villa. No hay señales de éxito; las últimas noticias de Méjico nos indican que Pancho todavía está muy fuerte, y Mr. Roberts dice lo que sigue acerca de las propiedades del General:

"Jamás recuperará ni el dinero ni los terrenos; ahora hay pocos ganados en sus ranchos. Sus palacios, donde agasajaba a sus convidados de manera regia, han sido convertidos para destinarlos a otros usos; el antiguo propietario comprende que la lucha está pendida; sin embargo se sienta allí, como una concentración de odio, contemplando la frontera y esperando la muerte de Pancho Villa, orando por sobrevivir al hombre que es la causa del mayor de sus pesares.

El anciano nos dice que falta poco para ver realizados sus deseos; cuando ocurrieron los últimos disturbios, creyó que le había llegado su fin a Villa; los días de este revolucionario —nos asegura— están contados.

"Y una vez consumado el fin, Terrazas se siente dispuesto a echar sus penas al olvido, y continuar adelante su camino en una misión mística de denunciación para pasar al otro mundo."

Un nuevo Ferrocarril a través de los Andes

Bolivia está construyendo en su territorio una línea férrea a través de los Andes, notable por sus grandes diferencias de elevación, por sus empinadas subidas y por sus frecuentes curvas que tienen la forma de herradura de caballo. El sistema adoptado facilita que la línea esté libre de cambiavías que tantos ferrocarriles sudamericanos han usado en cruzar las altas cordilleras de montañas.

Esta nueva línea aparece descrita en un artículo publicado en la "Railway Review", de Chicago, por Carlos Tejada Sorzano, miembro de la Sociedad Americana de Ingenieros civiles. El señor Sorzano nos dice que todos los ferrocarriles bo-

livianos de construcción reciente tienen el carácter de las líneas montañesas, y han presentado dificultades debido a la accidentada configuración del terreno; pero ninguno se parece sobre el particular al que el gobierno está construyendo ahora entre La Paz y el rico distrito agrícola de Yungas:

"Esta línea, como todas las bolivianas, está medida en metros y destinada a comunicar los ferrocarriles de las elevadas altiplanicies con los cálidos valles de Yungas en la pendiente oriental de los Andes, una región cuyo nombre es conocido ne todo el mundo como el lugar productor del café del mismo nombre.

"Las principales dificultades con que esta línea ha tropezado surgieron por las marcadas diferencias de elevación, para vencer las cuales fue necesario cruzar estrechos valles que en muchos lugares tienen el aspecto de imponentes cañadas, en los cuales es imposible encontrar espacio suficiente para formar el camino sin construir obras dispendiosas que aumentarían muchísimo el costo total de la empresa.

"Podrá tenerse una idea de lo que significan estas diferencias de elevación, al saber que la línea que sale de la Ciudad de La Paz, cuya altura es de 11.8111 piés sobre el nivel del mar, tiene que ascender y penetrar a través de la montaña principal de los Andes, pasando por un túnel, la altura del cual asciende a 15,223 pies sobre el nivel del mar. Esta diferencia de nivel se ha vencido por medio de una línea que sólo tiene 16 millas de largo, pero que da un promedio de ascensión de aproximadamente 4%. La línea por tanto será una de las más altas del mundo, y es la segunda que se construye en sudamérica para cruzar la Gran Cordillera. Será mucho más elevada que la línea ya existente entre Los Andes y Mendoza, cuya altura no excede de 13,124 pies."

El punto más elevado de la línea es Abra o Hucuyo, desde donde desciende hacia un nivel más bajo sobre una empinada pendiente a través de un valle profundo pero relativamente ancho y desde allí llega hasta el fondo del paso de Unduavi. Todo este descenso se efectúa en una gradación de 6% y podemos formarnos idea de las dificultades que se presentaron, al decir que la cumbre del Hucuayo y el punto llamado Pongo, está separada por más de dos o tres millas de la línea recta habiendo una diferencia de altura que sube a 3.937 pies.

"Los cambiavías que son tan frecuentes en otras líneas montañesas y que presentan tantos inconvenientes cuando se ponen en funcionamiento, han sido evitados y el descenso se efectúa por curvas que tienen la forma de herraduras de caballo; el radio de las curvas se reduce desde 196 hasta 86 pies. Una linea contínua es la que se sigue que es posible operar sin mucha dificultad, valiéndose de locomotoras americanas.

"La obra de este descenso presenta rasgos muy interesantes, debido a la imponente altura de muchos de los cortes, en su mayor parte hechos en la roca; y por la conformación de la misma roca, que en su mayoría es de pizarra.

"La línea de Yungas ofrecerá al viajero las más grandes posibilidades de contraste en un viaje relativamente corto, a causa de la conformación de los valles y del gran descenso a que se llega en un recorrido menor de 31 millas, en el curso del cual la montaña principal, generalmente cubierta de nieve, es cruzada por la línea, para luego llegar a la parte del valle donde existe la vegetación más exuberante que puebla por completo de las faldas de la montaña".

La tarea de la ama de casa

De los múltiples aspectos del oficio de ama de casa ninguno es tan necesario como el de alimentar bien a los hijos. Ni la morada higiénica, ní la rutina doméstica ordenada y agradable, ni bienestar alguno que pueda otorgarse a la familia, son más importantes. Sin aquel, se falla en la realización de esto. El sol, el aire, los colores atractivos, metódicas y gratas costumbres de un hogar, nada de esto puede salvar al cuerpo mal alimentado, ni dar a su propietario un momento de dicha verdadero.

Importa mucho a la dueña de casa conocer lo nuevo que se descubra de cuando en cuando respecto a la alimentación. Todas las mujeres que hoy manejan con inteligencia su casa debieran saber esto:

Hay conocimientos nuevos sobre la nutrición que han modificado por completo nuestras ideas

respecto de los alimentos apropiados. Las calorías y los contenidos químicos han pasado a segundo lugar si se atiende a la suma importancia que tienen los descubrimientos hechos por un método nuevo para averiguar la eficacia de los alimentos.

Se basa este método biológico —así se llama— en experimentos con la alimentación de animales como de personas que para ella se han prestado. Los anteriores experimentos al respecto, si bien hechos con seres vivos, referíanse al valor químico y cuantitativo de los alimentos, a las secreciones y excreciones digestivas, pero no al bienestar o deterioro del organismo. Por el otro camino se hicieron muy valiosos descubrimientos que sirvieron de base para todo cuanto se sabe de los alimentos. Pero las más valiosas experiencias actuales respecto de la nutrición y que prometen ir lejos, se refieren al efecto total de las diversas combinaciones de sustancias nutritivas en los seres vivos durante mucho tiempo, a veces en varias generaciones.

La revelación mas importante es que las antiguas bases químicas de la nutrición son en absoluto inseguras como guías únicas en una dieta sana. Con frecuencia han enfermado y muerto animales alimentados con sustancias químicamente correctas, cuyo contenido de proteína, grasas, hidro-carburos y sales minerales es adecuado.

De tal revelación se desprende que ciertos alimentos contienen no identificadas, no sospechadas sustancias en absoluto necesarias para crecer con salud y vivir. Por lo tanto, estos elementos deben aparecer en las comidas.

Estas sustancias aún no han sido aisladas, aunque ya se las nombra grasa-soluble A y agua soluble B. Ni se las ha visto ni palpado, pero de los efectos visibles se tiene por cierto que en algunos alimentos se hallan y en otros no. Los conocedores del asunto opinan que en condiciones normales no padecemos por falta de agua-soluble B en nuestros alimentos, pero que falta un poco o mucho la grasa-soluble A en algunas de las comidas civilizadas.

Los alimenos en que este elemento ha sido hallado en abundancia son las hojas comestibles de las plantas, ciertos órganos glandulares como el hígado y los riñones, y la leche.

De todos estos alimentos ninguno es tan perfecto, tan disponible, tan fácil de emplearse en la cantidad que se quiera como la leche. Las hojas verdes son importantes y debieran usarse tanto como se pueda; pero es casi imposible para el cuerpo humano consumir tantas cuantas necesita para sostenerse; las vísceras animales no pueden comerse con la frecuencia y regularidad necesarias; pero la leche puede usarse diariamente, de muchos modos, en muchos platos. Ni el calor ni el hielo destruyen su valor de alimento protector.

Para el niño, si se quiere que alcance pleno desarrollo, hermosura, fuerza y vitalidad, désele un litro diario de leche completa.

Para el adulto que quiere permanecer con frescura de mente y de cuerpo: un litro de leche completa al día.

No exageramos, pues, al afirmar que el asunto más importante para el ama de casa es que la familia de cuya alimentación es responsable, beba bastante leche al día.

CUENTOS Y BROMAS

NOMBRES PROPIOS

Todo nombre de hombre o mujer, es nombre propio dice la segunda gramática aderezada por los sabios académicos de nuestra lengua, es decir, de la lengua de nuestra patria.

¡Error notabilísimo! ¡Nombre propio todo el de hombre o mujer!..... Callaré respecto a los de hombre, porque casi me convenzó de que la Academia ha dicho una verdad: conozco a muchos Juanes que no desmienten su nombre en ninguna ocasión que se les presenta, es decir, que tienen un nombre propio, natural; en fin, que les conviene.

Pero respecto a las mujeres, ¿cómo he de permitir que se diga que todo nombre que ellas llevan, es propio? ¿En qué cabeza cabe semejante desatino?

Yo conozco lo menos trescientos nombres de mujer que son completamente impropios, y venga a negármelo la Academia con todos sus miembros

después de los renglones que van a seguir a éstos.

He visto a una **Clara** que, cuando habla, ni Dios la entiende. Todavía no he podido averiguar si es catalana o gallega.

He tratado a una **Virtudes**, bailarina de cancán.

Mi amiga **Angustias** tiene siempre la sonrisa en los labios y los pies en danza y creo que no se angustiaría, aunque viese degollar a un regimiento de coraceros, que son favoritos entre los militares.

Conozco a una **Magdalena**, que no se arrepiente nunca; a una **Lucía** que no ha lucido jamás, y a una **Soledad**, que nunca ha estado sóla. ¿Lo entienden ustedes?: ¡Nunca!

Trato íntimamente a una **Pura**, que, ¡válgame Dios y todos los santos!; y a una **Nieves**, que es capaz de derretir todas las del polo ártico y algunas más.

He tenido relaciones amorosas con una **O**, más delgada que una **I**, y con una **Tecla**, que dejaba de sonar en cuanto la tocaban.

También he conocido a una **Ventura**, que hizo mi desgracia y la de todos los varios conocidos míos; y a una **Segunda**, que fue **tercera** siempre, y a una **Leona**, que fue mansa toda su vida.

Tengo una vecina muy guapa, sí señor, muy guapa, pero que parece que sus padres la hicieron de una libra de chocolate de la Compañía Colonial. ¡Y fíense ustedes de los nombres propios! ¡Se llama **Blanca**!

Conozco a una **Socorro** incapaz de socorrer al más necesitado; a una **Remedios** que no lo fue de nadie, y a una **Reposo** que no para ni dos minutos al día.

Doña **Benigna** es una señora viuda por cuarta vez, y con un carácter tan benigno que mató a disgustos a sus cuatro esposos.

Hay una tiple de zarzuela que se llama **Modesta**. Una noche, después de hacer una **escala** más sucia que un castillo arruinado, la oí decir lo siguiente: ¡Qué venga la Patti, a ver si hace ésto!

Repito a ustedes que se llama **Modesta**.

Y por otra parte, ella tenía razón, la Patti no hubiera podido nunca hacer aquello.

Conozco además a una **Milagros** que no hace ninguno, a una **Rosario** que no ha tenido nunca **cuenta** para nadie, a una **Dolores** que está rebosando de salud, y a una **Rosa**, que en su vida ha olido bien!

Sé de una **Cándida** que ha engañado a un prestigitador; a una **Plácida**, que ha ocasionado más de un tabardillo; y a una **Inocencia**, que sabía más que un cabo de cornetas.

Y he conocido, en fin, a una **Casta**, que era con su nombre un sarcasmo viviente, y a una **Polonia** que se enamoró de un ruso.

¡Después de todo lo dicho y mucho más que callo, que llame la Academia de la lengua, nombres propios, a ciertos nombres que llevan **ciertas** mujeres!

Miguel Ramos CARRION.

REPLICA

No tiene razón el chispeante escritor español, autor del artículo intitulado **Nombres Propios**, y lo digo comprometiéndome a demostrar evidentemente mi negativa, aunque no sea con ánimo de defender a la Academia, sino con la sóla intención de poner **la verdad ante todo**, como diría el difuso Abogado que hizo dormir a los suscriptores de La República con cierto alegato kilométrico de actualidad.

Si hay alguno que me llame atrevido porque me meto a contradecir a Ramos Carrión, y duda de mis palabras, que lea lo que sigue:

Vive cerca de mi casa una **Justa**, que se complace en dar a cada uno **lo suyo**.

Remedios, hija de un viejo boticario amigo mío, los dá a todos; y una novia tuve, llamada **Concha**, que me arruinó por su desmedida afición a las perlas.

Conozco a una bonita muchacha empleada en una oficina de correos desde hace tiempo, y no hay ni para que decir, que no existe para ella carta cerrada: se llama **Violante**.

Dios me guarde de meterme en nada con **Rosario**, pues tiene cuentas pendientes con todo el mundo.

Sé de una **Concepción**, que ha tenido más de cuarenta hijos, y también de una **Luz** que alumbra más de lo natural.

Hay pocas mujeres tan trabajadoras y tan hacendosas como **Pilar**: ella sóla sostiene el peso de su casa.

Una vieja nombrada **Celestina**, me puso en relación con una linda actriz, llamada **Margarita**, t... amiga del **fausto** y de la ostentación que ya había arruinado a dos millonarios. Escamado con

este dato no volví más a verla y me dediqué en cuerpo y alma a una tal **Sabina**, mujer ingrata y pérfida que me abandonó fugándose de mi casa en brazos de un romano.

Conocí a una **Coronación**, cuyas infidelidades conyugales, no son para contadas; y a una **Perfecta**, que en París sirvió de modelo a un pintor afamado.

Anda por allí una **Santos** que tiene relaciones con toda la corte eclesial; una **Felipa**, que con su cara asusta al más valiente; y una **Robustiniana** a quien los médicos han vaticinado que morirá de congestión.

En cierta casa habita una tal **Romana** que dice el peso exacto de todos los amigos que la visitan, y mi vecina **Dolores**, es una pobre reumática que no me deja dormir con sus quejidos.

Mi amiga **Máxima**, ès más grande todavía que **Trinidad**, una señora que parece formada de tres cuerpos unidos; y **Potenciana**, una empresaria de circo, se exhibe en las funciones cargando sobre los hombros a todos los miembros de su compañía de acróbatas! Desafío a don Miguel Ramos Carrión a que me diga que este nombre no está bien puesto!

Mi prima **Consuelo**, virtuosa y humanitaria como pocas, se hizo hermana de la Caridad; **Virginia**, fue enterrada con palma y corona; y **Prudencia** fue modelo de esposas, mártir del deber y discreta como ninguna.

En las verdes y deliciosas praderas de Chimaltenango, conocí a **Pastora**, angelical gacela, muy diestra en el manejo de las cabras; a su hermana **Silvestre**, tímida y montaraz como animal bravío; y a su cuñada Canuta, más flexible y esbelta que un bambú.

Circuncisión tuvo el capricho de casarse con un judío.

Lidia, española de raza, habría dado cualquier cosa por ver una corrida de toros; y **Daría**, era hembra que sabía poner sus condiciones.

La casa de **Refugio** es una verdadera casa de huéspedes al alcance de todas las fortunas.

Hace cinco años, en época dihosa de mi vida, madrugaba todos los días por ir a ver a **Aurora**, rubia hechicera que se levantaba anets que el sol. Aun el recuerdo de sus gracias llena mi alma de indefinible dulzura.

Me han contado de una dama que nunca vivió dos días seguidos en una misma casa; pero la noticia no me sorprendió al saber que se llamaba **Tránsito**.

No quiero cansar a los lectores con una lista interminable; pero no puedo menos que agregar, que es infinita la cantidad de **Ineses** seducidas por Tenorios modernos; que abundan las **Benitas** subidas de color y las **Milagros**, que los hacen para vivir bien y gastar coche.

Termino diciendo a ustedes, muy reservadamente, que por mi desgracia soy casado! ¿El nombre de mi mujer, preguntan ustedes?.... ¿Cómo había de llamarse? **Cruz.** ¿Pero, y mi suegra? **Bárbara!** nombre que ha sabido siempre llevar perfectamente. Una esperanza sóla me sostiene: què cargue luego el diablo con ella. Si se hubiese llamado **Perpétua**, ya habría yo tenido que aumentar el númerc de los suicidas.

CHAS-Carrillo.

LA CORBATA SUCIA

No creo que cometa ninguna incorrección en referir la historia, porque él es el primero que se la cuenta a todo el mundo. No hay una persona de su intimidad que no la sepa de corrido. Yo se la he oído no sé ya cuántas veces, y cada vez con las mismas palabras. Parece una lección que se recita de memoria. Ser constantemente igual, hasta el comienzo es una muletilla.

—¡Ah! ¿Pero ustedes no saben por qué me casé yo con Teresa? Pues una cosa graciosísima. Verán ustedes: Tenía yo veinticinco años, acababa de terminar la carrera en el Conservatorio y me ganaba la vida dando lecciones particulares de piano y entreteniendo con valses y mazurcas a los parroquianos del café de San Antonio, un café de barrio muy pintoresco y muy simpático que había en la Corredera de San Pablo, esquina a la calle del Pez. Comprenderán ustedes que no es necesario que me esfuerce mucho para convencerles de que yo vivía de una manera bastante lamentable, tanto ideal como materialmente. Materialmente, tenía que hacer equilibrios inverosímiles para que los ingresos se nivelasen con los gastos. Idealmente, no podía resignarme a pasar la vida desasnando chiquillos y embruteciéndome con valses y mazurcas. Para colmo de desdichas, una tarde, al llegar al café, me encontré con las puertas cerradas. El dueño había quebrado. Inútilmente tra-

té de buscar otro acomodo. No le pude hallar en parte alguna. La situación llegó a ser para mí verdaderamente insostenible.

Por fortuna, Dios aprieta, pero no ahoga. Por recomendación de los padres de una niña a quien daba lecciones de solfeo me admitieron en un convento de monjas para que enseñara a las educandas las canciones del mes de María. Aunque el cargo, como ustedes ven, era provisional, por el momento me resolvió la situación. El colegio era magnífico, y las cantoras pasaban de cuarenta, todas pertenecientes a familias aristocráticas y distinguidísimas. Esto último fue lo que más me satisfizo, pues en seguida pensé lógicamente que muy torpe había yo de ser y muy mal se tenían que poner las cosas para que de aquellos ensayos no me saliera alguna soberbia lección particular.

Puesta ya la mira en esta ilusión halagadora, me dediqué desde el primer instante a ganarme la voluntad de mis discípulas, y aún más que la de ellas la de las personas que las acompañaban. Entre éstas se hallaba la marquesa de... bueno, una marquesa...—ustedes me perdonarán que me reserve el nombre—, una mujer encantadora, deliciosamente encantadora, la mujer más encantadora que conocí en mi vida. No sé por qué tuve la suerte de serle muy simpático, mucho... Tolérenme ustedes este rasgo de vanidad. Yo creo que aquella mujer se enamoró de mí; y aun creo más: creo que fuí un solemnísimo majadero al llevar con ella el respeto hasta los límites de la tontería. Pero, en fin, debía de estar escrito que así fuera, y así fué. A pesar de sus confianzas, jamás me atreví en nuestras conversaciones, que fueron muchas y muy animadas, a trasponer la raya de la más respetuosa consideración.

Terminó el mes de Mayo, salí del colegio y no volví a ver a la marquesa. Mas he aquí que una tarde al llegar a casa me encuentro con una carta perfumada, que decía:

"Mi querido amigo: Ya sabe usted el interés tan grande que tengo en que se le ofrezca a usted ocasión de demostrar su talento y sus excepcionales condiciones de artista. Deseo ser su descubridora y su presentadora. Esta noche hay en casa una pequeña fiesta. ¿Quiere usted venir, y le presentaré?"

¡Calculen ustedes la impresión que esta esquela me produciría, lo que en aquellos instantes significaba para mí, pobre artista ignorado, la presentación en medio de una fiesta aristocrática en uno de los primeros salones de Madrid! ¡Mi suerte, mi carrera, mi porvenir asegurado! Creí volvermerme loco de alegría y de vanidad. Claro es que pasada la primera impresión me quedé frío al darme cuenta de los obstáculos que se me ofrecían. El primero, el traje. Yo no tenía frac, ni zapatos, ni camisa, ni sombrero...; no tenía nada de lo que era absolutamente indispensable para entrar de una manera decorosa y digna en el salón de la marquesa. Mas como para los grandes males son necesarios los grandes recursos, me lié la manta a la cabeza y tiré por la calle de enmedio. Tomé un coche y me dediqué a visitar a todos los amigos que podían sacarme del apuro. Uno me prestó el frac, otro me dió su gabán, el tercero me facilitó una botonadura y los restantes me proporcionaron el dinero suficiente para comprarme el calzado, los guantes, la camisa, y la corbata. Excuso decir que la peregrinación fue larga y trabajosa. Eran más de las diez cuando llegué a mi casa con préstamos y compras, hecho todo un paquete bajo el brazo. Me vestí con toda la prisa que los nervios me consintieron. Y cuando estaba ya casi vestido, surgió inopinadamente la catástrofe. ¡Había perdido la corbata! Yo estaba seguro de haberla comprado, completamente seguro de habérmela llevado de la tienda, envuelta en papel de seda sobre la impecable pechera de la camisa; estaba seguro de haberla desenvuelto y colgado de la cabecera de la cama. Por fin, a fuerza de buscar y rebuscar, la encontré, pero ¡en qué estado!; caída en el suelo, debajo de una silla, pisoteada, estrujada, toda llena de barro, ¡hecha una lástima!

Y a todo esto daban en el reloj las diez y media. No era posible pensar en comprar otra. Todas las tiendas estaban ya cerradas. ¿Y cómo ir con aquella corbata? ¿Cómo ir...? ¡Imposible!

No tuve más remedio que apelar a otro grande recurso. En el mismo piso, enfrente a mi casa, habitaban una madre y una hija, a quienes yo conocía de vista por habérmelas encontrado alguna vez en la escalera. Por referencias de la portera, que iba a asearme el cuarto—yo entonces vivía completamente solo—, sabía que eran dos mujeres muy buenas y muy llanas. Sin encomendarme ni a Dios ni al diablo tiré de al campanilla, me metí en el pasillo, les expuse mi apuro y les rogué que me hicieran el obsequio, si mi pretensión era factible, de lavarme y plancharme en un momento la corbata Les hizo mucha gracia mi situación.

y jovialmente se apresuraron a complacerme. La madre en persona lavó la corbata, y la hija, una muchacha muy linda, encendió la lumbre para calentar una plancha. Animado por la confianza entré en la cocina, y mientras ellas cumplían la amable tarea, me puse a charlar, y en un arrebato de sinceridad y de efusión les descubrí todas mis ilusiones. Cuando más entusiasmado estaba en mi narración, la muchacha dió un grito.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? ¿Se ha quemado usted?

—No; yo no. ¡La corbata!

Y, levantándola de una punta, me mostró la espantosa tostadura, una mancha dorada del tamaño de una peseta. La pobre muchacha se echó a llorar, y toda avergonzada por su torpeza, quiso enmendarla haciendo a toda prisa otra corbata con un pedazo cualquiera de batista.

—Espere usted, espere usted; tengo una camisa sin estrenar. Es cuestión de un momento.

Naturalmente, no lo consentí. Ella insistió, y nos metimos en una discusión tan empeñada, que nos dieron las doce. Claro está que aquella noche no pude ir al salón de la marquesa. Ni aquella ni las siguientes, porque desde entonces las pasé todas en casa de la inexperta planchadora, hoy doña Teresa Fernández de Gutiérrez, mi mujer.

PEDRO MATA.

DEL ARCHIVO DE PALOMO

..Hola, Cucaracha! ¿Conque te casas hoy?—dijo el cura de un pueblo de Andalucía a un gitano.

—Sí, señó, señó cura: hoy nos casaremos, si es que su mersé quie echarnos los garabatos.

—¡Hombre! Por mi parte, yo no tengo ningún inconveniente: al contrario, mucho gusto en bendecir vuestra unión; pero antes de que os acerquéis al altar quiero saber cómo andas de doctrina: así es que vete a la sacristía y te examinaré.

A Cucaracha se le abrieron las carnes, como vulgarmente se dice, y rascándose el cogote dijo para sus adentros:—¿A que no me caso?

Cuando el gitano llegó a la sacristía, el sacerdote, que ya estaba en ella hacía un buen rato, le condujo a un rincón y díjole al mismo tiempo que le ofrecía una silla:

—Vamos a ver cómo andas de doctrina.

—Pos mire osté, señó cura; de dotrina no ando yo mumal del to que digamos.

—Bueno, pues vamos a ver. ¿Cuántos son los Mandamientos?

—Hombre, misté qu'es desgrasia. S'ha dío su mersé a fijá en lo único que ricuerdo.

—Bueno; veamos otra cosa. ¿Cuántos son los Sacramentos?

—¡Dengunors, señó cura!

—¿Cómo ningunos?

—Sí, sekó; dengunos. Los Sacramentos s'han acabao

—¿Cómo que se han acabado los Sacramentos?

—Sí, señó; s'han acabao porque los úrtimos se los dió osté a mi pare el año pasao, por Marzo.

—¡Vamos! Está visto que eres una acémila y que no sabes una palabra de doctrina, no obstante la afirmación de que estabas fuerte en ella.

—Y sí, señó, que lo estoy! Preguntem'osté otra cosa y ya verá si le contesto.

—Perfectamente. Las virtudes teologales ¿cuántas son?

—Misté que tie osté mala pata. ¡Paice que lo está osté jasiendo a propio intento! ¡Misté qu'irme a preguntá por lo único que se m'ha atravesao e la dotrina!

—¿ Yqué es o que sabes y no tienes atravesado?

—Pos miusté. Sé qu'hay tres dioses: Merchó, Gaspá y Bartasá, y lo que no tengo atravesao es que la Santisma Triniá es una sola presona y un solo Dios verdaero.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Qué colección de barbaridades acabas de decir, Cucaracha! ¡No sabes una palabra de doctrina y va a ser imposible casarte!

—Güeno, señó cura. En dotrna no andaré mu fuerte, pero en catisismo soy una notabiliá.

—¡Hombre! ¿Conque conoces el catecismo? A ver: dime, ¿quién hizo el mundo?

—Er mundo... er mundo... er mundo lo jiso..., ¿pero es que no sabe osté entoavía quién jiso r mundo, señó cura, despué de tantos años como jase que le jisieron?

—No, si no es quo yo no lo sepa. Es que te pregunto a vers si lo sabes tú.

—Pos sí, señó, que lo sé. Er mundo lo jiso er Gobierno, que el que jase to lo malo, como es el premití que l'amarguen a uno la vía preguntándole cosas que no sabe y que se rifieren a presonas que uno no conose ni e vista, como m'ocurre a mí con la Santisma Triniá.

—¡Vamos! No puedes casarte. Yo no debo consentir que un hombre que maañna puede ser padre se encuentre en un estado de ignoracia como el en qu tú te encuentras.

—¿Cómo que no pueo casarme?

—No; hasta tanto no aprendas la doctrina y cumplas la penitencia que pienso imponerle cuando te confieses, no te daré la bndición.

—Güeño; lo de que aprenda la dotrina, esta bien; pero eso qu'ha dicho su mersé e la penitensia me paese una desagerasión.

—¿Cómo es eso? ¿Te atreves a protestar de la penitencia?

—No, señó cura; yo no protesto: lo qu'es que me paese una irnominia qu'a un hombre que se quie casá le larguen otra penitencia pa que jaga tronco con la que reprisenta er matrimonio. Por cariá, no sea'sté desigente y no m'empareje la penitensia, como si fueran cabayos, señó cura, que con una que yeve enganchá a la limonera tengo e sobra.

GALANTERIA INUTIL

—Pase usted, señorita; tiene usted asiento.

—¡Ay!, muchas gracias. He estado patinando toda la tarde, y estoy..... resentida de tanto sentarme.

ENTRE DOS AMIGOS

Me parece, Matilde, que tu novio es muy exigente y que trata de imponrese en todo.

—No hagas caso, hija mía; nos casamos pronto y éstas son sus últimas voluntades.

APRENDIZAJE

Qué hace usted, Elisa? ¿Pescando?

—No, señor. Me estoy ensayando. Me dijo ayer mi hermana que si no tenía novio era porque no sabía echar el anzuelo.

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
,, ,,	Morán	8.05 ,,
,, ,,	Laguna	8.15 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.38 ,,
,, ,,	Palin	9.03 ,,
,, ,,	San Fernando	9.35 ,,
,, ,,	Escuintla	10.15 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
,, ,,	Obispo	11.16 ,,
,, ,,	Pantaleón	11.31 ,,
,, ,,	Santa Lucía	11.40 ,,
,, ,,	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 ,,
Sale de	,,	1.10 ,,
,, ,,	Guatalón	1.35 ,,
,, ,,	Nahualate	2.00 ,,
,, ,,	Palo Gordo	2.20 ,,
,, ,,	Mazatenango	2.55 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Muluá	3.33 ,,
,, ,,	San Sebastián	3.38 ,,
,, ,,	Retalhuleu	3.51 ,,
,, ,,	Las Cruces	4.16 ,,
,, ,,	San Miguelito	4.41 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	5.06 ,,
,, ,,	Coatepeque	5.36 ,,
,, ,,	Pajapita	6.26 ,,
Llega a	Ayutla	7.00 ,,

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
,, ,,	Pajapita	6.30 ,,
,, ,,	Coatepeque	7.20 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	7.45 ,,
,, ,,	San Miguelito	8.10 ,,
,, ,,	Las Cruces	8.35 ,,
,, ,,	Retalhuleu	9.05 ,,
,, ,,	San Sebastián	9.13 ,,
,, ,,	Muluá	9.23 ,,
,, ,,	Cuyotenango	9.38 ,,
,, ,,	Mazatenango	10.08 ,,
,, ,,	Palo Gordo	10.33 ,,
,, ,,	Nahualate	10.53 ,,
,, ,,	Guatalón	11.18 ,,
Llega a	Patulul	11.43 ,,
Sale de	,,	12.10 p. m.
,, ,,	Buena Vista	12.45 ,,
,, ,,	Santa Lucía	1.10 ,,
,, ,,	Pantaleón	1.20 ,,
,, ,,	Obispo	1.37 ,,
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Escuintla	2.45 ,,
,, ,,	San Fernando	3.15 ,,
,, ,,	Palin	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	4.36 ,,
,, ,,	Morán	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 ,,
Sale de	,,	1.40 p. m.
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Naranjo	2.41 ,,
,, ,,	Obero	3.05 ,,
Llega a	San José	3.30 ,,

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San Jose	9.15 a. m.
,, ,,	Obern	9.45 ,,
,, ,,	Naranjo	10.10 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
Llega a	Escuintla	11.10 ,,
Sale de	,,	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

ATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m
,,	Morán	8.05 ,,	3.10 ,,
,,	Laguna	8.15 ,,	3.30 ,,
,,	Amatitlán	8.38 ,,	4.13 ,,
,,	Palin	9.03 ,,	4.45 ,,
,,	San Fernando	9.35 ,,	5.23 ,,
ga a	Escuintla	10.10 ,,	5.55 ,,

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
,, ,,	San Fernando	6.40 ,,	3.15 ,,
,, ,,	Palin	7.25 ,,	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.10 ,,	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	8.45 ,,	4.36 ,,
,, ,,	Morán	9.00 ,,	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	10.20 ,,	5.45 ,,

N ANTONIO A RETALHULEU

IARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

ale de	San Antonio	6.00 a. m.
,, ,,	Palo Gordo	6.25 ,,
,, ,,	Mazatenango	7.10 ,,
,, ,,	Cuyotenango	7.32 ,,
,, ,,	Muluá	7.56 ,,
,, ,,	San Sebastián	8.03 ,,
Llega a	Retalhuleu	8.10 ,,

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
,, ,,	San Sebastián	2.38 ,,
,, ,,	Muluá	2.48 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Mazatenango	4.05 ,,
,, ,,	Palo Gordo	4.30 ,,
Llega a	San Antonio	4.50 ,,

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
,, ,,	Las Cruces	8.51 ,,
,, ,,	Caballo Blanco	9.06 ,,
Llega a	Champerico	10.15 ,,

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
,, ,,	Caballo Blanco	12.35 p. m.
,, ,,	Las Cruces	12.50 ,,
Llega a	Retalhuleu	1.25 ,,

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
,, ,,	Casa Blanca	7.12 ,,	1.42 ,,
,, ,,	San Andrés	7.25 ,,	1.55 ,,
Llega a	Muluá	7.50 ,,	2.20 ,,

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
,, ,,	San Andrés	10.00 ,,	4.15 ,,
,, ,,	Casa Blanca	10.20 ,,	4.35 ,,
Llega a	San Felipe	10.35 ,,	4.50 ,,

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 ,,

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 ,,

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
,, ,,	Fiscal	7.59 ,,
,, ,,	Agua Caliente	8.26 ,,
,, ,,	Sanarate	9.37 ,,
,, ,,	Estrada C.	10.02 ,,
,, ,,	Progreso	10.32 ,,
,, ,,	Rancho	11.02 ,,
,, ,,	Jícaro	11.25 ,,
,, ,,	Cabañas	11.47 ,,
,, ,,	Reforma	12.06 p m
Llega a	Zacapa	12.41 ,,
Sale de	Zacapa	1.06 ,,
,, ,,	Gualán	2.20 ,,
,, ,,	Santa Inés	3.10 ,,
,, ,,	Los Amates	3.30 ,,
,, ,,	Quiriguá	3.41 ,,
,, ,,	Montúfar	4.16 ,,
,, ,,	Virginia	4.33 ,,
,, ,,	Morales	5.01 ,,
,, ,,	Darmouth	5.17 ,,
,, ,,	Cayuga	5.34 ,,
,, ,,	Tenedores	5.51 ,,
Llega a	Puerto Barrios	6.40 ,,

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
,, ,,	Tenedores	7.29 ,,
,, ,,	Cayuga	7.46 ,,
,, ,,	Darmouth	8.05 ,,
,, ,,	Morales	8.23 ,,
,, ,,	Virginia	8.50 ,,
,, ,,	Montúfar	9.06 ,,
,, ,,	Quiriguá	9.45 ,,
,, ,,	Los Amates	9.55 ,,
,, ,,	Santa Inés	10.14 ,,
,, ,,	Gualán	11.07 ,,
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 ,,
,, ,,	Reforma	1.15 ,,
,, ,,	Cabañas	1.34 ,,
,, ,,	Jícaro	1.56 ,,
,, ,,	Rancho	2.25 ,,
,, ,,	Progreso	2.57 ,,
,, ,,	Estrada C.	3.27 ,,
,, ,,	Sanarate	3.54 ,,
,, ,,	Agua Caliente	5.05 ,,
,, ,,	Fiscal	5.37 ,,
Llega a	Guatemala	6.40 ,,

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale Guatemala	Diario	7.05 a. m.
,,	,,	8.30 a. m.
,,	,,	12.01 a. m.
,,	,,	3.00 p. m.
,,	,,	5.55 p. m.

De Ciudad Estrada C., a Guatemala

Sale Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
,,	,,	8.47. a.m.
,,	,,	1.25 p.m.
,,	,,	3.17 p.m.
,,	,,	6.12 p.m.

DOMINGOS, EXTRA:

Sale de Guatemala	5.00 p.m.
Sale de Estrada C.	5.17 p.m.

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General.